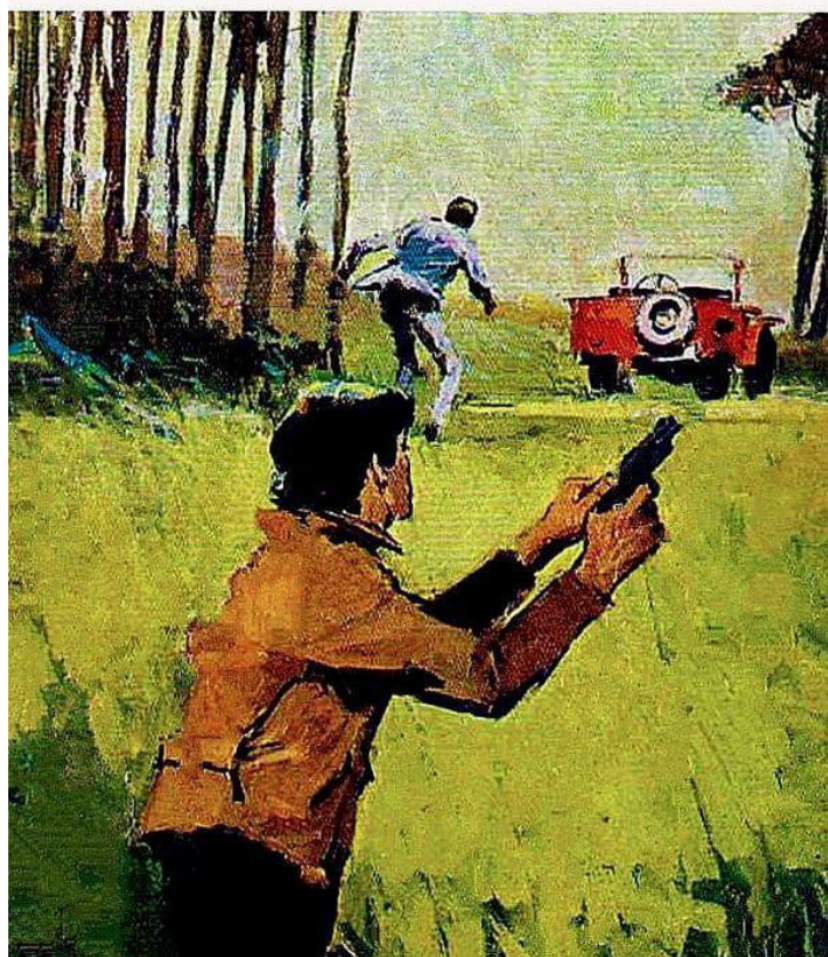




los muertos pueden matar



Kelltom McIntire



Cuando Frank Harris se detuvo en la aduana de Buffalo-Niagara Falls, un gran chorro de vapor emergía por debajo del capot.

Frank tiró el cigarrillo al ver aproximarse al vigilante que ordenaba los coches que llegaban a la frontera y frunció el entrecejo.

Su humor era excelente aquella mañana. Había almorzado delicioso jamón cocido con huevos y mermelada, había hecho el camino con regularidad y había gozado extraordinariamente con el bello panorama.

Pero ahora debía mostrarse disgustado.



Kelltom McIntire

Los muertos pueden matar

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1199

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *Los muertos pueden matar*
Kelltom McIntire, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Frank Harris se detuvo en la aduana de Buffalo-Niagara Falls, un gran chorro de vapor emergía por debajo del capot.

Frank tiró el cigarrillo al ver aproximarse al vigilante que ordenaba los coches que llegaban a la frontera y frunció el entrecejo.

Su humor era excelente aquella mañana. Había almorzado delicioso jamón cocido con huevos y mermelada, había hecho el camino con regularidad y había gozado extraordinariamente con el bello panorama.

Pero ahora debía mostrarse disgustado.

Si la risa no salió a sus labios, lo cierto es que bulló atropelladamente en su estómago.

—¿Avería, señor? —preguntó cortésmente el hombre de uniforme, inclinándose para mirarle.

Por toda respuesta, Frank abrió la portezuela bruscamente y comenzó a golpear a puntapiés el viejo «Austin».

—¿Avería, dice? ¡Este maldito y asmático anciano...! —barbotó—. Precisamente ahora, condenación... ¿Sabe dónde puedo encontrar un taller?

El vigilante de aduanas le miró con cierta burla bailándole en los ojos.

—Deje de golpear al «viejo asmático» o se destrozará el pie. Estos coches antiguos tienen una excelente carrocería, dura y resistente. Apártese de la fila, si puede ponerlo en marcha. Cuando haya cumplido los trámites le indicaré la dirección de Culbeys. Es un buen mecánico. Rápido y barato.

Frank lanzó un grueso taco.

—Viejo y apestoso compadre de Henry Ford I... —renegó. Y era evidente que sus denuestos iban dirigidos hacia el fatigado automóvil—. ¿Hay mucho tráfico, agente? Quiero decir... ¿tendré que perder mucho tiempo en obtener el sello de entrada en Canadá...?

El vigilante era un hombre grueso, tranquilo.

—¿Por qué tanta prisa, señor? Voy a darle un consejo gratuito.

Tómeselo con calma y su hígado se lo agradecerá.

Frank le miró con expresión malhumorada.

Y dijo lentamente, como si se esforzara en reprimir su ira:

—No es cuestión de hígados, amigo, sino de tiempo. Necesito estar en North Bay antes de las cuatro. El coche está hecho harina... Me dijeron que no hay buenas comunicaciones. ¿Es cierto?

—No le mintieron, señor... —Frank vio cómo la policía miraba su tarjeta automovilística—... señor Harris. Hubiera hecho bien en rodear los lagos Erie y Hurón y penetrar en nuestro país por Saint Ignace. Desde allí parte el expreso-*ferry* «Quickly» cada media hora, que le hubiera dejado en Sault Saint Marie. En Sault es fácil tomar autobuses para todo el país, especialmente para North Bay. Pero desde aquí...

Frank atizó un nuevo puntapié a las chapas del «Austin».

—Ya no tiene remedio. Por favor, ¿quiere llevar mis documentos? Compréndalo: estoy desesperado. Para mí es cuestión de vida o muerte estar a las cuatro en North Bay. ¿Podría hacerme la gestión? Se lo agradecería de verdad. Así podría entregar el coche al taller unos minutos antes...

El vigilante tomó los documentos que Harris le ofrecía. Dudó un momento, pero finalmente una sonrisa bondadosa amplió sus labios.

—Está bien. Lo haré aunque..., va contra el reglamento. Hay que guardar riguroso turno, ya lo sabe.

—Lo sé.

—Ponga el coche en marcha y llévelo hasta el estacionamiento. Dentro de unos minutos, tendrá su pasaporte sellado.

—Dese prisa, por favor. ¡Este condenado cacharro...!

En cuanto el vigilante hubo desaparecido tras la puerta de la aduana, Frank Harris dejó de golpear las sufridas chapas del «Austin».

Fumó un cigarrillo.

Entre chupada y chupada, no dejaba un instante de vigilar discretamente la línea de automóviles que, provenientes del puesto fronterizo norteamericano, iba alargándose más y más.

De repente, tiró el cigarrillo al suelo y forzó un gesto entre malhumorado y agradecido cuando vio venir al vigilante.

—¿Ve? —dijo el hombre con sencillez—. Todo es cuestión de paciencia. Puede pasar.

Frank tomó el pasaporte y la documentación del «Austin». El vigilante estaba haciendo señas a uno de sus compañeros para que alzaran la barrera.

—¿El taller? —preguntó al hombre de uniforme.

—¿Ve aquel promontorio? Deberá desviarse a la derecha y subir por una calle mal pavimentada. Culbeys tiene allí su negocio. Dígale que va de parte del agente Chenier. Le atenderá rápidamente, señor.

—Gracias —dijo Frank, dando el contacto. Y antes de que el policía hubiera podido reaccionar, dejó en su mano cinco billetes de diez dólares.

—*Le pourboire, mon ami*[1]— gritó alegremente. Y soltó el embrague.

Todavía tuvo tiempo de mirar por el espejo retrovisor y captar el gesto de suprema sorpresa del agente aduanero.

Pero la barrera estaba alzada y el paso libre. Aceleró cuanto daba de sí el coche y pasó el puente.

«Deberá desviarse a la derecha», había dicho el vigilante Chenier. Y así lo hizo puntualmente Frank Harris, aunque tuvo que hacer la señal de desviación con la mano, ya que los intermitentes del antediluviano automóvil se habían negado a destellar apenas comenzar el viaje.

Tal como había asegurado Chenier, un viejo camino, lleno de baches, partía a la izquierda, remontando la cumbre a través de media docena de abiertas curvas.

Aceleró. Quería ganar tiempo de todas formas.

Pero a la mitad de la cuesta el «Austin» se negó tozudamente a seguir ascendiendo.

Cambió a tercera, a segunda...

El motor tosió agónicamente y se caló.

Por más que intentó arrancarlo, no lo consiguió.

El malhumor que había fingido ante el vigilante Chenier no era auténtico. Pero el hecho de que el coche se estropeará precisamente ahora no entraba en sus planes.

Cierto que aquella reliquia del automovilismo tenía problemas. Pero Harris no *podía* dejarlo allí.

Dejó metida una velocidad y bajó.

Era ágil y fácil de movimientos. Durante unos segundos contempló críticamente el «cacharro».

Y de pronto se decidió.

Quitó la velocidad. El automóvil comenzó a deslizarse inmediatamente hacia atrás.

Al final de la curva, el pesado vehículo perdió apoyo y dio dos aparatosas vueltas en el vacío.

Frank no pudo ver más. Pero el estruendo del choque contra el suelo llegó a él claramente poco después.

Subió ligero la cuesta, sin mirar atrás.

Arriba, en el promontorio, había una gran nave con tragaluces de cristal llenos de polvo.

«Taller de Culbeys. Reparaciones rápidas, recambios», leyó.

George Culbeys estaba en el foso, manchado hasta el cabello de grasa consistente.

Al oír que alguien nombraba su nombre, emergió del agujero penosamente y agarró la mano que alguien le tendía.

Harris le elevó de un leve tirón y Culbeys se quedó mirando al tallado mocetón de simpáticas e ingenuas facciones.

—¿Culbeys? Me envía el vigilante Chenier. Aseguró que podría reparar mi viejo «Austin» en tiempo récord. Soy Frank Harris, de Nueva York.

—Encantado, señor Harris —dijo mecánicamente Culbeys. Y agregó—. ¿Dónde está el coche?

—En el barranco.

—¿En el barranco? —El rostro tiznado de Culbeys expresaba un asombro grotesco.

—Sí. Se me caló a la mitad de la cuesta. Compréndalo: olvidé meter una velocidad, el freno de mano no funciona...

—Ajá. Se le fue fuera de la calzada. ¿Y qué diablos quiere que hagamos? —preguntó el mecánico belicosamente.

—Tranquílcese. No voy a darle prisas ahora. El coche es de mi tío Avery. Un cacharro, pero él lo quiere más que a su perro «Gutsy», señor Culbeys. No quisiera. —Harris parecía preocupado— que mi tío sufriera un infarto de miocardio por causa de ese viejo armatoste. Quiero que lo saquen del barranco y lo reparen. ¿Cuánto costará eso...?

Culbeys se frotó nerviosamente las manos. En aquel momento estaba odiando a todos los jóvenes despreocupados como Harris.

—¿De veras tiene dinero para...? —comenzó a decir

sarcásticamente.

Pero se interrumpió bruscamente cuando Frank puso diez billetes de cien dólares en su pringosa mano izquierda.

Culbeys se atragantó.

—Mmmm... Está bien, *señor* Harris. Sacaremos el coche y trataré de conformar esa chatarra —murmuró, manoseando el dinero, incrédulo.

Frank sonreía como un niño bueno.

—No se de mucha prisa. Estaré en Canadá más de un mes. Atienda otros asuntos más urgentes. Sólo le pido prisa para sacar el coche del barranco. Tal vez dentro de quince días me acerque por aquí para ver cómo va su trabajo con mi coche...

Antes que el mecánico hubiera podido añadir una palabra, el norteamericano se había alejado hacia la amplia entrada del garaje. Fue ya desde allí cuando volvió rápidamente y se acercó a Culbeys.

—Sólo le pido una cosa, amigo. Esconda el coche en cualquier sitio, fuera de miradas indiscretas. Si mi tío Avery lo viese así... ¿comprende? Por cierto, si alguien se acerca aquí preguntándole por Frank Harris... dígame por ejemplo, que reparó un «Austin» de un individuo llamado así, que marchó en este mismo día. ¿Lo hará? Culbeys asintió tontamente.

—Gracias —dijo Frank con una sonrisa simpática. Y Culbeys le perdió de vista.

Descendiendo la cuesta, Harris comprendió que tendría que llegarse a la aduana y alquilar un taxi o un automóvil sin conductor.

Llegaba a los edificios de la aduana cuando vio el negro «Austin», idéntico al que acababa de estrellar media hora antes.

Subía por la pendiente que llevaba a la frontera fatigosamente, arrojando un humo entre azulado y negruzco por el escape.

Frank lanzó una exclamación ahogada.

Vio cómo el «Austin» se detenía ante el vigilante Chenier.

Y también cómo dos hombres de elevada estatura bajaban rápidamente de un plateado «Silver Shadow» y se inclinaban sobre la ventanilla del «Austin» y hablaban brevemente con el conductor del último coche.

Chenier se separó del «Austin» para ordenar la larga hilera de automóviles que llegaba incesantemente a la aduana de las cataratas.

Entonces surgió una vivísima llamarada y el «Austin» desapareció envuelto en una nube de humo blanquecino.

Cuando el humo se evaporó, Frank Harris entornó sus ojos.

El viejo «Austin», semejante al suyo, había quedado convertido en una humeante chatarra.

Restos metálicos, todavía candentes, se habían desparramado alrededor de la línea de aduanas.

Frank aspiró aire y exhaló un suspiro.

Luego sacó un paquete de «Graven A» y encendió un cigarrillo.

Fumó con ansia, con auténtico placer.

Porque sabía que acababa de nacer por segunda vez.

Lentamente descendió la cuesta.

Había rumor de voces excitadas y sirenas de ambulancias, abajo.

Cuando la ambulancia partió hacia la ciudad, Frank Harris logró acercarse hacia el edificio de la aduana.

A pocos pasos, Chenier estaba dando explicaciones atropelladas a algunos mirones.

—... completamente destrozado, muerto. Ni siquiera sus documentos han podido encontrarse... ¡Todo voló en pedazos...!

CAPÍTULO II

Era una guapa y esbelta muchacha que permanecía inmóvil ante la fachada del Chrystal Palace.

Los hombres que pasaban junto a ella se quedaban mirándola un momento e incluso volvían la cabeza unos segundos más en su contemplación.

Parecía indecisa, pero finalmente Carol Vance se atrevió a subir los cinco peldaños que llevaban al vestíbulo.

Un imponente portero de hombros anchísimos y unos dos metros de estatura la detuvo críticamente durante un instante.

—Lo siento, señorita. No puede pasar. Sólo los adultos —dijo monótonamente, situando su robusto corpachón ante la entrada giratoria.

Carol pestañeó, desconcertada.

Pero rápidamente reaccionó, abrió su bolso y mostró una cartulina.

—Soy mayor de edad —adujo, con cierta dureza—. ¿Va a dejarme pasar?

Un leve y fugaz gesto de asombro, tomado rápidamente en sonrisa untuosa, y Carol tuvo la entrada libre.

Todos la consideraban más joven de lo que era en realidad. ¿Por qué...?

Quizá por sus grandes ojos castaños, transparentes, ingenuos...

O, tal vez, por la esbeltez de su figura, que apenas mostraba sus formas de mujer bajo el holgado anorak.

—Tengo veintidós años —murmuró para sí, con ira—. Y soy capaz de todo. O... de casi todo.

Hacía calor en el interior del Chrystal Palace.

En el gran *hall* había gente que fumaba y reía alegremente.

«Hipócritamente», pensó Carol. Ella sabía que allí se jugaba, que muchas sonrisas eran la cortina que velaba un fracaso.

Un caballero elegantemente vestido de *smoking* le salió al paso ante el tocador de señoras.

—¿Puedo ayudarla, señorita? Soy Wallace Green, el subdirector. La orientaré con mucho gusto. ¿Juego, restaurante, club, biblioteca,

espectáculo musical?

Eran amables los ojos azules. Y también agudos, observadores, cambiantes como el oriente de algunas perlas seleccionadas.

Carol se humedeció los delgados labios, indecisa.

—Busco a míster Ballard, Henri Ballard. Sé que frecuenta éste... — Iba a decir *tugurio*, pero supo contenerse a tiempo— local.

—¿Míster Ballard? —Wallace Green sabía mostrarse dulzón con la linda muñeca minifaldera—. Ah, sí. Es un excelente cliente. Un caballero... ¿Dónde le vi hace unos minutos? ¡Sí, sí..., creo que fue en la biblioteca! Justamente ojeaba un ejemplar del «Geographic». ¿Quiere acompañarme? Yo mismo le indicaré el camino con mucho gusto.

Carol estaba evitando mirar rectamente aquellos ojos aduladores. Instintivamente, sin explicaciones, Green le inspiraba recelo.

Pero ¡cielo santo!, ¿por qué...? Apenas acababa de conocerle.

Fue, entonces, al desviar la mirada, cuando descubrió al joven que estaba al otro extremo del *hall*.

Era un hombre delgado, de elevada estatura, atlético, de expresión despreocupada, muy atractivo, que vestía con cierta desaliñada elegancia.

Fingía estar distraído en la observación de un tapiz de época colgado en el muro próximo, pero en realidad Carol comprendió que no dejaba de observar ni un solo momento a Wallace Green.

—¿Vamos? —preguntó éste, señalando amablemente el camino.

Carol asintió. ¿No había venido a North Bay para entrevistarse con el odiado Ballard...?

Avanzaba por el largo pasillo tras los pasos de Green, cuando escuchó aquel otro rumor de pasos.

Miró hacia atrás de reojo y comprobó, asombrada, que el joven atlético caminaba en pos de ellos a cierta distancia.

Más allá, ante una gran puerta de nogal, Wallace Green se detuvo y sonrió.

—¿A quién debo anunciar, señorita? —preguntó.

—Carol Vance.

Green parpadeó levemente. Sólo fue un instante de desconcierto. Inmediatamente, siguió adelante y señaló otra puerta.

—Pase, por favor.

Un nuevo pasillo, alargado y estrecho.

Carol apretaba su bolso. En el fondo, podía palpar el relieve confortante de la pequeña «Browning», calibre treinta y dos, que había adquirido aquella misma mañana.

Green golpeó dos veces sobre una puerta. Se escuchó un rumor indescifrable y la puerta quedó abierta.

En aquel instante, Carol comprendió que las cosas estaban torciéndose. Quiso retroceder, pero Wallace Green la empujó salvajemente hacia adentro.

Tropezó con el borde de una alfombra y cayó al suelo.

—Una bella chica, en verdad —comentó una voz ronca, áspera—. ¿Has decidido contratarla, Wallace?

Carol alzó los ojos y reconoció a Ballard en el individuo de rostro cuadrado que se sentaba tras la mesa.

—Se llama Carol Vance, Henri —aclaró fríamente Green, que había perdido su halagadora sonrisa.

De un salto, Carol se abalanzó sobre su bolso, caído a dos metros de distancia. Pero Green lo apartó de una patada antes de que aquélla hubiera conseguido atraparlo.

—¡Devuélvame, vamos, démelo! —exigió furiosa.

Green tomó el bolso y lo abrió. Sonreía insidiosamente cuando extrajo la pistolita sirviéndose de un diminuto pañuelo bordado.

—¿Qué pensabas hacer con ese juguete, pequeña? —preguntó calmadamente Henri Ballard—. ¿Te llamas Vance realmente?

La muchacha le miró con la furia en los ojos.

—Me llamo Carol Vance. Quiero saber dónde está mi padre, señor Ballard. Quiero ver también cierto documento.

—¿Cierta documento? —Ballard fruncía los gruesos labios manchados de nicotina en una mueca despectiva.

—Sabe de sobras que me refiero a un registro minero. El que corresponde al yacimiento de uranio que mi padre y yo descubrimos en las montañas de Chibogamau...

Ballard y Green intercambiaron una mirada llena de significado.

—Escucha, pequeña, todo se aclarará —la voz de Ballard se había vuelto susurrante y suave—. Tu padre está aquí, sano y salvo. Lo verás dentro de unos instantes. Pero, dime ¿hablaste con otras personas de este asunto?

—No. No he ido a la policía hasta ahora. Papá me interesa más que el yacimiento. ¿Dónde está mi padre?

—Siéntate. Te serviré una copa. Tienes mala cara. Green irá ahora mismo a avisar a tu padre. ¿Desconfiabas de mí? ¡Nada más descabellado! Henri Ballard es un hombre respetable, rico... ¿Ves este local? Supone un negocio verdaderamente interesante. Es mío. Anda, Wallace, sirve una copa a la hija de mi amigo Vance.

Carol permanecía en pie, rígidamente.

—No se moleste: no voy a beber nada. Sólo quiero ver a mi padre —declaró con energía.

La sonrisa de Ballard se esfumó.

La pequeña idiota no hacía las cosas fáciles.

La copa hubiera sido la mejor solución, Ballard lo sabía.

Green, que había advertido su seña, vertería unas gotitas de aquella botella verde en el vaso y... todo resuelto.

El ácido cúprico concentrado apenas revelaba su amargo sabor en un combinado dulzón bien servido. Por lo demás, todo se producía de forma suave, sin gritos, sin escándalo.

—De acuerdo. Te mostraré el documento. Y verás a tu padre enseguida —cedió Ballard, abriendo un cajón de la mesa.

Carol, que le observaba ansiosa, exhaló un grito de espanto al ver el revólver en manos de Ballard.

Un

«P-38»

dotado de silenciador.

—Lo siento, pequeña entrometida, pero tú no me has dejado elección. No grites, no escandalices. Apenas sentirás nada...

Ballard se había puesto en pie. Aunque él no pudiera advertirlo, sus duras facciones se habían tensado en una mueca repugnante.

Carol retrocedió dos pasos.

La comprensión llegó brutalmente a ella. Había cometido un error imperdonable visitando a Ballard.

Debía haber denunciado el caso ante la policía y después...

Pero ¿de qué servía en el momento presente hacerse aquellos reproches...?

Iba a morir.

Lo adivinaba. Podía comprenderlo perfectamente con sólo mirar a aquellos dos individuos.

Green sonreía desagradablemente. Ballard... ¡Ballard estaba plegando ya el dedo índice sobre el gatillo del revólver!

CAPÍTULO III

Había retrocedido hasta la puerta. Pero sabía que Ballard no iba a dejarla ir mucho más allá.

—Maté a tu padre, pequeña, porque significaba un estorbo para mis planes. Ese yacimiento... ¡es riquísimo! Las muestras que analizó el laboratorio así lo afirmaron. Ahora, tengo que matarte a ti también, Carol —Ballard lanzó una carcajada soez—. Espero que lo comprendas, no tengo otra alternativa. Te esperaba, aguardaba tu visita. Y he aquí que has venido como una gacela a caer en las fauces del leopardo.

Iba a apretar el gatillo. Sin escrúpulos de ninguna índole.

La mueca de sus labios previno su acción.

Súbitamente, la puerta se abrió con violencia y Carol se sintió impulsada hacia adelante al mismo tiempo que sonaba el apagado «plop» de un disparo.

Rodó por el suelo. ¡Indemne...!

Green barbotó una palabrota intranscribible, Ballard maldijo igualmente con rabia contenida.

En aquel instante, el tubo fluorescente que iluminaba el despacho de Ballard saltó en pedazos y la habitación quedó en tinieblas.

Varios fogonazos brillaron en la oscuridad, iluminando fugazmente las paredes.

—¡No se quede ahí! —dijo alguien al oído de Carol—. Vamos, deme la mano. Intentaremos escapar.

Asustada, Carol se puso en cuclillas y obedeció.

Una fuerte mano, tibia, tiró de ella con fuerza. Carol se sintió arrastrada hasta el pasillo.

Corrieron locamente hasta alcanzar el *hall*.

—¡Aprisa, aprisa! —murmuraba constantemente el joven de la cazadora de ante.

El portero les vio venir a la carrera e intentó detenerles.

Veloz, certero, el muchacho alzó la mano derecha y le golpeó en la garganta, derribándole con facilidad increíble.

Salieron.

—Venga, no pierda el tiempo. Ballard tiene motivos para desear su muerte y... la mía. Tengo el coche aquí, muy cerca. Corra hacia ese callejón.

—¿Quién... quién es usted? —inquirió Carol, cortada la respiración.

—Jeff Lonsdale, de la agencia «Stocktom y Lonsdale», de Nueva York. Su padre escribió una carta a George Stocktom, mi socio. Pero no perdamos el tiempo ahora en inútiles explicaciones o nos cazarán como a conejos en su madriguera. Ese local, el Chrystal Palace está lleno de hurones sanguinarios.

En el callejón había media docena de automóviles estacionados.

Entre ellos, un «Tiburón

DS-21»,

de color azul.

Lonsdale abrió la portezuela de la derecha y se sentó tras el volante.

Para cuando la muchacha estuvo acomodada, Lonsdale había puesto el motor en marcha y arrancaba más que aprisa.

Casi alcanzaba la calle, cuando dos hombres aparecieron en el callejón, cerrándole el paso.

Aterrorizada, Carol advirtió que uno de aquellos hombres llevaba una metralleta y se disponía a disparar.

También Lonsdale vio el arma. Y comprendió que se encontraba en gravísimo peligro de muerte.

Apretó a fondo el acelerador.

El potente

«DS-21»

saltó hacia adelante como un potro desbocado, arrollando a uno de aquellos individuos cuando ya el seco crepitar de la metralleta atronaba los oídos.

Ballard había decidido tirar por el camino de en medio, era obvio.

Ni siquiera le importaba que sus pistoleros provocasen un escándalo en plena calle.

El hombre de la metralleta debió rugir de miedo.

Su primera andanada de plomo caliente había pasado por encima del bajísimo y estilizado automóvil sin rozarle siquiera.

Ahora, cuando se disponía a rectificar su puntería, el pandillero vio venir el automóvil lanzado a toda velocidad sobre él.

Vaciló durante un segundo. Y tal vacilación le perdió. Porque antes

de que hubiera podido hacer fuego, el guardabarros del coche le golpeó en las rodillas.

Carol chilló de espanto cuando el cuerpo de aquel hombre se elevó en el aire y golpeó el cristal parabrisas.

Un brusco golpetazo y el cristal se deshizo en diminutos trozos sobre sus muslos.

Al llegar a la avenida Fouché, Lonsdale torció bruscamente a la derecha y el cuerpo exánime del pistolero se deslizó sobre el capot y cayó rodando sobre el pavimento.

Apretó el acelerador a fondo y cambió hasta meter directa. Durante unos minutos el coche rodó velozmente, desviándose ora a izquierda, ora a derecha.

Luego Lonsdale suspiró con fuerza.

—Bien —dijo alegremente, mirando a Carol de un rápido vistazo—. Creo que estamos a salvo.

Carol rió nerviosamente.

—¿De qué se ríe? —preguntó él.

Ella no pudo contestar en los primeros instantes. Todavía reía, dando suelta a su tensión, cuando dijo:

—George le definió muy bien cuando dijo que se había asociado con el detective más loco de la ciudad de Nueva York.

—¿Ajá? —exclamó él.

—Hemos estado a punto de ser asesinados en dos ocasiones. Ha logrado esquivar una ráfaga de metralleta y nos salvamos por pelos de que nos aplastase un camión al salir a la avenida Fouché.

—Estoy familiarizado con el riesgo, señorita Vance. ¿Dónde quiere que la lleve? —preguntó Lonsdale con sencillez.

Por toda respuesta, Carol lanzó un lamento ahogado.

—¿Qué le ocurre?

—¡Mi bolso! Green me lo quitó. Con las prisas... lo he perdido. En él guardaba todo lo que tenía: dinero, documentación, una pequeña «Browning»...

Una amiguita de preocupación se marcó en la frente de Jeff Lonsdale.

—Mala suerte. Si es como su padre lo describió en su carta, Ballard intentará...

—¿Qué intentará? —preguntó ella, ansiosa.

—Nada. No tiene importancia —Lonsdale prefería no alarmarla—.

Lo del dinero es cosa fácil de arreglar. Le prestaré el que necesite. Pero antes, necesito saber algunas cosas. Abandonaremos la ciudad por una hora. He visto un pequeño restaurante de carretera; allí podremos hablar tranquilamente.

* * *

Habían comido y paladeaban el café. Lonsdale había devorado con apetito los platos de su menú. Carol en cambio, apenas si había probado bocado.

Pero, razonablemente, ¿podía disfrutar del placer de unos platos bien condimentados cuando acababa de saber que su padre había muerto... asesinado?

—Charlemos —propuso el jovial Lonsdale, ofreciéndole un cigarrillo que ella encendió con ansia.

Carol observó discretamente al joven.

¿Podría fiarse de él, sería Lonsdale tan honrado como lo era su socio George Stocktom...?

Algo había en la expresión abierta y simpática de Lonsdale que la impulsaba a confiarse plenamente.

—Ballard me dijo que había asesinado a papá —dijo con un trémolo de amargura.

Jeff lanzó una exclamación.

—¿Lo confesó? ¿Lo dijo así realmente? En tal caso, yo lo arreglaré. Será difícil encontrar pruebas contra él, pero lograremos encarcelarlo. Pero será mejor que empiece por el principio.

Carol se humedeció los labios con un sorbo de café.

—Creo que usted, Jeff no conoció a mi padre —dijo, entornando los ojos—. Edward Vance siempre fue un hombre inquieto, dinámico, insaciable... Cuando mamá murió, no quiso permanecer más tiempo en Nueva York. Vendió la casa, obtuvo treinta mil dólares... Más de lo que jamás había tenido en sus manos. Un día me propuso que fuéramos a vivir a Canadá. Estaba exultante de entusiasmo. Un compañero —papá era facultativo de minas— le había hablado de aquel país. Y de los riquísimos yacimientos de uranio. Parecía un niño. O un joven, ansioso de aventuras y riqueza.

Carol exhaló una gran bocanada de humo azulado.

—Logró convencerme. En parte porque yo sabía muy bien cuánto le

había afectado la muerte de mamá. Pensé que un país nuevo, unido a su trabajo, lograrían hacerle olvidar su pena. Nos trasladamos a North Bay, alquilamos un apartamento. Papá se gastó los treinta mil dólares en obtener una concesión de unas cuatrocientas hectáreas al norte del lago Chibogamau, en las estribaciones de las montañas. El equipo Geyger, los útiles... los obtuvo a crédito.

—¿Fueron a vivir a las montañas...? —preguntó Londsedale.

—Sí. Fue una experiencia inolvidable. El invierno nos sorprendió en plena sierra. Perdimos nuestros esquíes y vagamos, extraviados, durante una semana, a través de parajes helados. Ni siquiera sé cómo logramos construir una pequeña cabaña. No éramos cazadores y apenas llevábamos un rifle y una carabina que no sabíamos usar. El hambre nos obligó a aprender rápidamente. Vivimos durante todo el invierno en la cabaña. Nos alimentábamos de lo que cazábamos. Fue terrible. Hubo días en que ni siquiera podíamos salir al bosque. Cuando comenzó el deshielo...

—¿Pudieron conservar el equipo?

—Mi padre lo guardaba con mimo, como si fuera el tesoro más grande sobre la tierra. Y tenía razón.

—¿Tenía razón, por qué...?

—Cuando comenzó el deshielo, continuamos explorando la concesión. Un día el contador Geyger pareció volverse loco. Los aparatos señalaban una actividad radiactiva increíble. Volvimos a la cabaña a por las herramientas y nos deshollamos las manos para extraer algunas muestras de mineral. Papá estaba loco de contento. «¡Es uranio, uranio purísimo!» aseguró. Observó la veta en los días siguientes y se reafirmó en su idea de que el yacimiento era riquísimo. Llenos de entusiasmo, riendo y cantando como dos chiquillos, emprendimos el regreso a North Bay. Aquella noche...

Padre e hija habían estado hablando durante largo rato.

—Papá quería explotar el yacimiento por sus propios medios. Nada de vender la concesión, ésa era su idea.

—Pero... ¿de dónde iba a sacar el dinero? —comentó Londsedale, que seguía el relato profundamente interesado—. No tengo grandes conocimientos en minería, pero calculo que el equipo necesario para extraer el mineral ha de ser necesariamente muy costoso.

—Papá necesitaba un millón de dólares. «Una tontería, comparado con lo que vamos a ganar», afirmó. Tenía algunas direcciones de

Nueva York y pensaba poner unos telegramas al día siguiente. Confiaba en obtener el crédito en cuanto tuviera en sus manos el resultado de las pruebas que entregamos al laboratorio el mismo día en que volvimos a North Bay.

—¿Cómo, entonces, se asoció con Ballard?

—Fue una desgraciada circunstancia. Nunca debí dejar solo a papá. Compréndalo, era un ingenuo, un hombre sencillo que acababa de encontrar una verdadera fortuna. Por lo demás, llevaba casi un año sin probar una gota de alcohol, sin hablar con otra persona que no fuera yo...

—Comprendo. Salió a tomar una copa...

—Sí. Esperé toda la tarde. Cuando se hizo la noche, comencé a alarmarme. Le busqué por todos los lugares de diversión. Y le encontré en el Chrystal Palace. Estaba borracho. Me dijo que ya no teníamos que preocuparnos, que había encontrado un excelente socio, dispuesto a correr con todos los gastos a cambio del quince por ciento de participación en los beneficios brutos.

—El hombre era Ballard.

—Sí. Papá había bebido mucho y habló demasiado.

Incluso restregó por las narices de Ballard el documento que le habían entregado en el laboratorio. A pesar de ello, no desconfié en principio. Papá aseguró que al día siguiente iría a registrar legalmente el yacimiento, provisto de su mapa. Insistí en acompañarle, pero me entregó cien dólares y me recomendó que adquiriese alguna ropa de acuerdo con nuestra nueva fortuna.

Carol se iba excitando más y más a medida que avanzaba en su relato.

—No volvió. Aguardé toda la noche en vela. Inútilmente. A la mañana siguiente fui al Registro Minero. Papá no había estado allí, según me aseguraron. ¿Dónde podía estar...? Noté que alguien me seguía a través de las calles, pero no le di importancia. Me alarmé por la ausencia de papá, lo confieso. Aquella misma tarde, perdido el control, escribí una carta a George Stocktom. George era amigo de papá. Tal vez quisiese realizar una investigación privada.

—Ajá. Entonces no fue Vance...

—No. Escribí en su nombre porque pensé que George se tomaría el caso con más interés.

—Y se lo tomó. Me obligó a dejar un caso para ocuparme de éste.

Por cierto... Alguien intentó asesinarme en Gaylord. Un tipo llamado Frank Harris. Le di una buena paliza y logré escapar. También le gasté una buena jugarreta.

Carol enarcó una ceja.

—Se lo explicaré. Harris, un asesino a sueldo, sin duda, me siguió desde Nueva York en un viejo «Austin» comprado de ocasión. Cuando le di esquinazo en Gaylord, pensé que tenía que quitármelo de encima de alguna forma. En MacKinaw City, vi un automóvil idéntico en un parque de compra-venta de vehículos usados. Lo compré por doscientos dólares y dejé mi «Thunderbird» bien visible junto a la carretera para que Harris se detuviera.

Debió serle muy fácil averiguar que yo había comprado un viejo «Austin». Le esperé, escondido, en una estación de servicio. Se detuvo y telefoneó. ¿A quién...? Lo ignoro, pero en la frontera alguien depositó una carga de dinamita en su coche. Le confundieron conmigo, ¿comprende? A estas horas, la persona que pagó a Harris para que me matase, debe pensar que su «enviado» está vivo aún. Tal vez eso, nos sirva de algo... Lo pensaré.

CAPÍTULO IV

Carol se masajeó suavemente las doloridas sienes.

—Es una historia extraña y... horrible, señor Londsedale...

—Llámeme Jeff. Y confíe en mí. ¿Quiere seguir su relato?

—Poco queda que contar —Carol exhaló un suspiro contenido—.

Eché la carta y aguardé un día. Lo dediqué a visitar personalmente todos los hospitales, clínicas y estaciones de policía. No quería denunciar... todavía. En realidad, aún no tenía la certeza de que Henri Ballard fuera culpable. Fueron unos días de terrible angustia. Al fin, esta noche, me decidí a visitar a Ballard. Debía averiguar la verdad...

—Y la averiguó casi a cosía de su vida, Carol. Me pregunto —Londsedale intentaba distraer la atención de la muchacha para paliar la angustia emocionada que veía en sus ojos—. Me pregunto cómo lograron saber que yo iba a venir a Canadá a realizar una investigación. Tal vez, la siguieron. O quizá pudieron leer la carta...

—Es posible —susurró Carol—. Como también lo es que Ballard pudo atormentar a papá para obligarle a saber de mí. Papá me había prevenido: si algo le ocurría, debía escribir rápidamente a George Stocktom...

Un sollozo contenido brotó de sus labios. Las lágrimas corrieron silenciosas y abundantes por sus bien marcados pómulos.

—Vamos, vamos —Jeff la había abarcado por los hombros y la apretujaba suavemente—. Tenemos esperanzas. Tal vez Ballard mintió al asegurar que había matado a su padre...

Carol alzó enérgicamente la barbilla.

—¿Lo cree sinceramente, Jeff? ¿Cree que hay alguna esperanza? Piénselo. ¿Puede esperarse algo de Ballard, del canalla que intentó asesinar a una muchacha, a mí misma, e incluso a usted...?

Londsedale no dijo nada.

Sentía seca la garganta y un cierto regusto amargo en los labios.

—Ya veremos —dijo. Y repiqueteó los dedos para llamar al camarero.

Pagó la cuenta y se puso en pie, ofreciendo su anorak a Carol.

—¿Qué vamos a hacer, Jeff? —preguntó ella, como una niña desvalida.

—¿Vio el anuncio luminoso? Aquí mismo alquilan habitaciones. Podemos inscribirnos como señor y señora Lonsdale. Éste es un lugar apartado y tranquilo.

—¿Señor y señora Lonsdale? —preguntó ella con reproche.

—Lo hago por su seguridad, Carol. Por lo demás... no pienso ocupar la habitación. Debo hacer cierta gestión urgente. Vamos.

Unos minutos después, Lonsdale se despedía de Carol en la amplia *suite* matrimonial.

—Vuelva, Jeff —imploró ella, en la puerta.

Una sonrisa atractiva mostró la blanca y recia dentadura de Lonsdale. Más que un investigador privado, parecía un universitario alegre y despreocupado.

—Volveré en cuanto pueda. Cierre la puerta. No hable con nadie, ni abra. Duerma tranquila, descanse.

Sintió unos deseos vehementes de besarla. Pero la vio tan chiquilla, tan ingenua y desvalida...

Cerró bruscamente la puerta y bajó la escalera.

El «Tiburón» se alejó silenciosamente del motel y rodó hacia el centro de la ciudad.

Se preguntó, mientras conducía sin prisas por qué había ocultado ciertas cosas a la muchacha.

Por ejemplo: el peligro gravísimo que suponía para ella el haber dejado su bolso en manos de Ballard.

Para un tipo con cierta imaginación, la pistolita, la documentación de Carol... podía ser utilizada criminalmente contra ella.

Por eso había abandonado el motel, por eso había dejado sola a Carol. Tenía que recuperar aquel bolso. De paso, tal vez tuviera suerte y lograra averiguar algo más sustancial acerca de Edward Vance.

Cuando se detuvo ante el imponente edificio de cristal del Chrystal Palace, eran las tres de la madrugada.

Cosa extraña: las luces estaban apagadas en el tugurio. Porque tugurio era el local de Ballard, a pesar del lujo y el refinamiento con que había sabido montarlo.

—Extraño, sí —se dijo en un susurro.

Los locales de placer solían estar abiertos hasta la madrugada. ¿Por

qué a las tres estaba cerrado el Chrystal?

Apagó las luces y observó los alrededores. Todo silencioso, en paz.

¿En paz...?

Londsdale sacó un destornillador y saltó el panel de la portezuela donde había guardado su pistola y su pequeño estuche de herramientas.

George le había aconsejado que no llevase armas.

—No te busques líos con las autoridades canadienses —fue su recomendación.

Pero Londsdale tenía ideas propias. Cuando se trata con criminales, no se puede esperar recibir un trato de favor.

Penetró en el callejón del que había tenido que salir pitando unas horas antes.

Un rápido vistazo a las cristalerías y saltó sobre el capot de un automóvil estacionado junto al bordillo. De allí al techo y del techo al ventanal.

En su estuche tenía un pequeño y eficiente diamante. Trazó un círculo. Inmediatamente apretó una ventosa sobre el otro extremo del cortacristales.

Un círculo de vidrio saltó con leve rumor. La mano de Londsdale penetró con precaución dentro y asió la falleba.

Centímetro a centímetro se dejó resbalar hasta el suelo. Sus pies entraron en contacto con el piso; Londsdale cerró suavemente la cristalería.

La suave luminosidad que penetraba desde el exterior desveló la larga barra de una cafetería.

La atravesó silenciosamente, dirigiendo la luz de su diminuta linterna hacia el suelo.

El *hall* estaba igualmente desierto. Ni un vigilante. El panorama se presentaba propicio.

Avanzó por el pasillo, totalmente a oscuras, camino del despacho de Ballard.

De repente, un gran estrépito sonó a sus espaldas.

Londsdale se dejó caer velozmente al suelo, ahogando una exclamación.

Alzó la pistola, tendió el oído, esforzándose en escuchar.

¿Le perseguían, estaban observándole desde algún lugar oculto...?

El corazón comenzó a latirle veloz. Tal vez había caído dentro de

una trampa... para conejos.

¿Dónde se escondían los «hurones»?

Aguardó unos minutos que le parecieron horriblemente largos y tensos.

Al cabo, comenzó a incorporarse. Ojalá todo hubiese sido una falsa alarma.

Sin embargo, no se decidió a encender la linterna. Aquel dedo luminoso sería una peligrosa referencia si alguien estaba acechándole.

De repente algo chocó violentamente contra sus rodillas y Lonsdale se fue de cabeza al suelo, redó dando volteretas y fue a chocar de frente contra algo que tenía una gran dureza metálica.

¡Dios santo, qué fenomenal estrépito...! Una ruidosa algarabía metálica resonó en el ancho pasillo hiriendo sus oídos.

Atontado, se puso de rodilla y aguardó con los músculos en tensión. Si alguien le había puesto la zancadilla, Lonsdale estaba dispuesto a darle una soberana lección.

Palpó el suelo. Sus dedos tocaron algo viscoso y repugnante que le produjo un escalofrío.

¿Sangre...?

¿De quién...?

En aquel instante, un sonoro «tap» despertó ecos en el pasillo.

¿Cuántos... cuántos estaban acorralándole?

Contuvo la respiración.

De repente, decidió que era mejor encender la linterna y salir de dudas. Aunque fuera quemando pólvora a velocidad vertiginosa.

Cualquier cosa antes de sentirse atrapado como un conejo, cualquier cosa mejor que aquellas densas tinieblas que le envolvían. Apoyó el dedo índice sobre el gatillo de su pistola, que había conservado en la mano por mero instinto de conservación, y dirigió hacia atrás el chorro delgado de la linterna.

Boqueó, desconcertado.

El pasillo estaba vacío. No había nadie a la vista.

Dos metros más allá, adosado a la pared, aunque levemente torcido, un diván «Chester».

—Ése fue el traidor que me puso la zancadilla —murmuró, rabioso.

Junto a él, un cenicero de pie, volcado.

Una escupidera de acero bruñido estaba igualmente volcado. Luego

la «sangre» que manchaba sus dedos no era sino...

Renegó, asqueado, y buscó un pañuelo en sus bolsillos con que limpiarse las manos.

El sonoro «tap» volvió a escucharse en ese momento.

Manteniendo el chorro luminoso ante sí, volvió sobre sus pasos hasta el lugar donde el pasillo formaba un recodo en ángulo recto.

El «tap» volvió a producirse. Una ventana entreabierta, golpeaba allí arriba de cuando en cuando.

Londsdale barbotó en voz baja algunos reniegos. Luego, arrastró una silla y cerró con rabia la ventana, asegurándola con su cierre.

Su frente estaba sudorosa cuando reemprendió el camino.

Torció a la derecha, caminó por el segundo pasillo y empujó la puerta del despacho de Ballard.

El haz luminoso de su pequeña linterna se paseó por las montañas de papeles depositados sobre la mesa, en el suelo, sobre las sillas...

Una huida precipitada, desde luego. Tal era lo que indicaba sin dudas aquel caos de papeles.

La caja de caudales empotrada en la pared estaba abierta, por otra parte.

Londsdale le dirigió un vistazo de rutina. Estaba absolutamente vacía.

Ballard había huido. Ahora comenzaba a comprender Londsdale por qué el negocio había cerrado tan temprano.

Inútilmente inspeccionó aquellos papeles. Recibos, facturas, libros de contabilidad...

Nada importante, revelador.

Rabioso y disgustado, recorrió todas las dependencias. Desde la gran biblioteca, hasta el teatro de variedades.

Al fin, se encogió de hombros. Estaba perdiendo el tiempo allí.

—Ballard se llevó el bolso de Carol y su contenido —decidió.

Volvió sobre sus pasos, hasta el *hall*. Saldría por la puerta. No valía la pena molestarse en escalar la ventana.

Se acercaba a la entrada principal, cuando tuvo que apartarse de un salto.

Un gran foco luminoso recorrió el desierto vestíbulo, lentamente.

—Policía —murmuró Londsdale. Y pensó, sin el menor humor, que si se hubiera distraído un segundo, aquella noche hubiera dormido sobre el camastro de un calabozo.

Luego la luz se apagó y unos pasos se retiraron. Lonsdale arriesgó unos centímetros su cabeza y vio cómo dos agentes se introducían en un automóvil policíaco.

Entonces vio el cartelito. Estaba pegado a los cristales, rotulado aprisa sin gran estilo.

For rent or sale, decía. Ballard había decidido arrendar o vender su tugurio. Seguía la dirección de una agencia, de la que el detective tomó nota mentalmente.

A la mañana siguiente iría a la inmobiliaria y trataría de obtener otros datos sobre Ballard. Pero no esperaba mucho de aquella gestión.

Cautelosamente, Jeff abrió la puerta y salió a la calle.

Poco después rodaba a buena velocidad hacia el motel.

CAPÍTULO V

Introdujo la llave en la cerradura y empujó la puerta.

—¿Carol? —susurró en voz baja.

Podía ver el lecho, vacío, desde la entrada.

Sacó la pistola y avanzó despacio.

La puerta del lavabo, entreabierta, le animó a caminar hacia allá.

La empujó de repente, sonó un grito...

—¿Quién...? —Era la voz de Carol—. Pero Jeff Lonsdale rió levemente y retrocedió.

Pues no era tan... chiquilla como él había calculado.

Lo que había entrevisto no era sino un cuerpo rotundo de mujer. ¡Y qué mujer, Dios todopoderoso!

Se dejó caer pesadamente en el pequeño *living*. Le dolían todos los huesos, estaba fatigado y tenía sueño.

El silbido que provenía de la pequeña cocina anunciaba café negro, espeso, caliente, reparador.

Fue hacia allá y retiró la cafetera.

Cuando volvió al *living*, Carol, enfundada en un corto albornoz, le aguardaba.

«Ahora comenzará a dirigirme impropiedades», pensó Lonsdale, cansadamente.

No hubo impropiedades.

Ella estaba mirándole fijamente.

Estaba viendo sus cabellos despeinados, su rostro pálido, las profundas ojeras que marcaban los párpados del hombre.

—Jeff, ¿dónde has pasado la noche? —preguntó ella, solícita.

—A lomos de un tiburón —fue la concisa respuesta. Y ella sonrió, como celebrando el chiste.

—Así que dormiste en el coche. No hacía falta, Jeff. Podías haberlo hecho en el diván.

Jeff la miró fijamente.

—Tomemos una taza de café, recoge tus cosas aprisa y prepárate a salir pitando —dijo sin inflexión.

—¿Por qué? —La alarma había aparecido en los bonitos ojos de

Carol—. Anoche dijiste que...

—No importa lo que dije anoche. Las cosas han cambiado. Echale una ojeada al periódico. Acabo de comprarlo. Y como yo, lo habrán comprado también unos millares de ciudadanos en North Bay. Ella tomó, intrigada, el periódico que Londsedale le ofrecía. Venía allí, en primera plana, destacando con gruesos caracteres.

«ESPANTOSO PARRICIDIO EN VILLENUEVE AVENUE.

»EL CADAVER DE UN HOMBRE LLAMADO EDWARD VANCE FUE HALLADO POR LA POLICÍA EN UN EDIFICIO DE APARTAMENTOS DE VILLENUEVE AVENUE, ANOCHE. EN EL MISMO LUGAR FUE HALLADA UNA PISTOLA “BROWNING”, CALIBRE 32.

»Posterior investigaciones han señalado que el arma fue adquirida, días antes, por la propia hija del hombre asesinado, una jovencita llamada Carol Vance.

»El inspector Chanteur ha afirmado categóricamente que las huellas de Carol Vance están claramente estampadas en el arma, dato que la acusa abiertamente.

»También fue encontrada la documentación de la asesina, cuya fotografía insertamos al pie de estas líneas. Se espera que esta mujer sea arrestada en el límite de unas horas...».

Carol, contempló, aterrorizada, su propia fotografía, junto a una en la que se veía el cadáver de Edward Vance.

—Ahora... —Se atragantó—. Ahora ya no existe la menor duda. Papá ha muerto...

Unos segundos después estaba gritando agudamente, presa de un ataque de histeria.

Londsedale tuvo que sujetarla y abofetearla sin piedad antes de que la muchacha recobrase el control de sus nervios.

—Tranquilízate, Carol. Jamás habrás necesitado más de toda tu paciencia y sangre fría que en estos momentos. Es cierto, tu padre ha muerto. Pero con ser importante, todavía hay algo más: tú. Ya

has visto el reportaje. Van a perseguirte por todas partes. Van a acosarte, a cercarte. Centenares de personas te mirarán a la cara. Tendrás que disimular, conservar tus nervios bien relajados.

Ella gemía débilmente, aterrorizada.

—Entonces... —murmuró—. ¿Vas a abandonarme, Jeff?

Londsdale sonrió levemente.

—¿Quién dijo tal cosa? Yo me ocuparé de ti. Eso fue lo que me recomendó George. Parecía adivinar, por alguna extraña premonición, que algo espantoso le había ocurrido a tu padre. No saldrás de aquí. He estado pensando en todo. El hombre que estaba anoche en la recepción ha sido relevado. Por lo demás, ese individuo estaba lo suficientemente adormilado como para que no logre recordar muy bien tu rostro. Aguardarás aquí. Tengo que salir.

—¡No me dejes sola! —Las manos de Carol retenían al hombre por los hombros.

—Tenemos que cambiar tu fisonomía completamente... hasta que las cosas queden aclaradas. Escucha, Carol, sé algunas cosas de mi oficio. La acusación contra ti se derrumbará dentro de un par de días. Si tu padre fue asesinado hace más de veinticuatro horas, como supongo, Ballard tuvo que disparar con tu pistola sobre un cadáver. Cualquier forense comprenderá que las balas de la «Browning» no han podido causar la muerte a Edward Vance.

Una luz de esperanza brilló en los ojos transparentes de la muchacha.

—¿Estás seguro? ¿Crees que escaparé a esta horrorosa situación?

—Sí. Pero no dudes de esto: más de un agente patrullero dispararía sobre ti a ciegas en estos momentos, si te viera huir. Por el momento estás acusada por un parricidio, no lo olvides. Aguarda aquí. Volveré en cuanto pueda.

La besó fugazmente en los labios.

Ella se quedó mirando fija y patéticamente a la puerta cuando Londsdale salió.

Y así la encontró el hombre cuando volvió una hora después.

—Mira esto. Ropa, zapatos, lencería interior, champú coloreante...

—¿Para qué, Jeff?

—¿Lo preguntas? Vamos a teñir tus cabellos de rubio. Y no sólo eso. Teñiremos también tus cejas y pestañas y cambiaremos el color de los ojos con estas lentillas oscuras. Ven, acércate. Cuando salgas de

entre mis manos no podría reconocerte ni yo mismo...

Londsdale trabajó con Carol durante casi dos horas.

Al cabo de aquel tiempo, ella se miró en el espejo de la alcoba y respingó, asombrada.

—Para mí misma soy una desconocida, Jeff —confesó.

El cabello rubio, las lentillas de plástico azules que cambiaban el color de sus ojos y el maquillaje diestramente aplicado para hacerla parecer mayor, la habían cambiado por completo.

—Animo, pequeña. Y ahora, pongamos en orden nuestras ideas. Ballard ha huido. No podemos presentar una denuncia a la policía si no queremos ponerle sobre tu pista. ¿Adónde crees que puede haber marchado Ballard?

Carol cerró los ojos.

—Sólo hay una cosa que interese a ese asesino a vida o muerte: el yacimiento de uranio. Querrá conocer su situación personalmente.

—¿Quieres decir que Ballard se ha dirigido a Chibogamau? —preguntó el detective.

—Sí, estoy segura... —De repente, Carol abrió mucho los ojos—. Pero... ¡ahora lo recuerdo! El mapa de Ballard es papel mojado.

—¿Papel mojado? —inquirió Jeff—. Explícate claramente.

—Verás, papá dibujó con exactitud dos mapas. Uno de ellos lo dejó en el laboratorio, junto con las muestras. El otro lo dibujó con tinta simpática, degradable...

—Eso significa que pasado algún tiempo, las líneas del mapa se tomarán borrosas y que incluso desaparecerán por completo. ¿Por qué hizo eso tu padre?

—Un capricho. Era el mapa que pensaba llevar personalmente. Y lo hizo así por si se lo robaban, como verdaderamente ha sucedido.

—Dijiste que el otro mapa quedó en el laboratorio con el resto de la documentación, ¿no? —preguntó Londsdale con los ojos chispeantes.

—Así es.

Una carcajada alegre brotó de los labios del detective.

—Entonces... ¡nada está perdido! —exclamó.

Pero Carol no se mostraba tan entusiasmada.

—Ballard se nos adelantará. Delineará un mapa y registrará el yacimiento. Yo no puedo hacerlo.

—Olvidas algo. George. Hablaré con él. Le expondré el asunto. El u

otra persona de confianza realizarán la gestión. Luego... sólo habrá que realizar una transferencia a tu nombre.

—¿Crees que será posible?

—Nada hay imposible para Stocktom y Lonsdale, detectives de Nueva York. Espera aquí, lo primero es recuperar ese mapa.

—Ve. Vuelve enseguida —exclamó Carol.

* * *

Tropezó con aquel individuo a la entrada del Registro Minero de North Bay.

Era un hombre de unos cuarenta años, de rostro estrecho y pálido, pero de hombros fuertes y compactos.

—Disculpe —rogó Lonsdale amablemente. Y le extrañó el bulto metálico que había palpado fugazmente bajo la chaqueta del otro.

El individuo murmuró unas palabras ininteligibles y se perdió de vista.

Diez segundos después, Jeff Lonsdale volvía a salir a la carrera.

—Dijo que era el secretario de míster Vance —acababa de decirle el empleado del registro—. Firmó un recibo y no tuve inconveniente en entregarle lo que pedía. Es razonable.

—¡Imbécil! —rugió el detective, sin poder contenerse—. ¿No sabe que Edward Vance ha muerto, asesinado?

Pero no valía perder el tiempo hablando. Sino encontrar cuanto antes al tipo que llevaba el mapa.

Corrió cuesta abajo, sin dejar de mirar a todos lados impacientemente.

De repente, lo vio.

Acababa de abrir la portezuela de un «Ford-Ranchero» y se disponía a arrancar.

—No escaparás, caimán —se prometió Lonsdale.

El vehículo se había puesto en marcha ya cuando el detective salió a su encuentro.

—¡Eh, espere! Tengo que decirle algo, amigo —gritó.

Por toda respuesta, el «hurón» aceleró a fondo, dispuesto a aplastarle.

Lonsdale le gritó de rabia en el momento que saltaba en el aire.

Sus costillas midieron el suelo dolorosamente. Pero el automóvil,

milagrosamente, acababa de quedar enganchado con el paragolpes de otro vehículo.

Desesperadamente, el «hurón» metió marcha atrás; Lonsdale tuvo que rodar apresuradamente para evitar las ruedas del «Ranchero».

Ya estaba el desconocido torciendo el volante para escapar, cuando el detective aferró con sus manos la portezuela, qué se abrió bruscamente hacia atrás golpeándole contra el coche próximo.

Una llave inglesa cayó sobre sus nudillos al tiempo que el coche arrancaba bruscamente.

Lonsdale apretaba y chirriaba los dientes de dolor.

El automóvil llegó al cruce y aceleró, mientras su conductor machacaba sin piedad las manos de Lonsdale.

Al torcer el volante a la derecha, la portezuela izquierda se cerró de golpe.

Jeff puso sus hombros en tensión e introdujo la cabeza como un ariete por la ventanilla, alcanzando de un tremendo cabezazo al rufián.

Un gemido ahogado, el hombre quedó recostado sobre el asiento, atontado, mientras el automóvil tomaba la curva a velocidad excesiva, sin control.

En aquel instante, Lonsdale sólo pensó en el mapa. Y así, sosteniéndose precariamente contra el guardabarros, cacheó rápidamente al «hurón».

Acababa de encontrar el mapa cuando comprendió lo que iba a suceder.

El «Ford-Ranchero» saltó bruscamente sobre la acera y se dirigió a cincuenta millas por hora contra un almacén de la Canadian System.

Soltó las manos, se encogió como una pelota y rodó sobre la acera vertiginosamente hasta chocar contra las piernas de una mulata que contemplaba, muda de asombro, la escena.

—Perdón, *milady* —sonrió Lonsdale—, y se puso en pie, verdaderamente magullado.

Un formidable estrépito de cristales le indicó que el «Ranchero» acababa de estrellarse contra los ventanales de la oficina de aviación civil.

Ante la asombrada actitud de la mujer de color, cuyos ojos aparecían en blanco, dio rápidamente la vuelta y huyó.

CAPÍTULO VI

Ballard tenía muy mal aspecto aquella mañana.

—Creí que sería fácil asustarle... ¡Y, maldición, ha resultado todo lo contrario! —bramó, dominado por la ira.

—¿Se refiere a ese detective? —preguntó suavemente Wallace Green.

Ballard le miró a punto de estallar.

—¿De quién, si no? ¿Tal vez de papá Noel? —murmuró.

Miró la nota que tenía sobre la mesa. Con amargura y despecho.

La había recibido aquella misma mañana, en el hotelito que había alquilado en un pueblecito cercano a North Bay.

—«Tengo el mapa —decía sencillamente—, pero no puedo ir ahí para entregárselo. Venga inmediatamente a las oficinas de las Canadian System. Me encuentro en un aprieto».

¿Quién podía haberle enviado aquella nota, sino el imbécil de Pierre Lamage...?

El caso es que Green y él habían alquilado un helicóptero para trasladarse velozmente al lugar que Lamage indicaba.

¿Y qué habían encontrado?

El «Ford-Ranchero», nuevo, que Ballard había comprado para realizar la expedición a Chibogamau, convertido en una chatarra, empotrado contra una cadena de transporte continuo, dentro de las oficinas de la empresa de aviación.

A Pierre Lamage acababan de llevárselo en una ambulancia, convertido en puré de guisantes.

No había muerto, pero Ballard hubiera preferido que fuese así. Lamage no era un tipo duro. Podía irse de la lengua si la policía le presionaba.

—¿Cómo había podido averiguar Londsedale la dirección de su refugio provisional...?

Green había apuntado una idea.

—La llamada telefónica. Lamage había anotado nuestro número de teléfono. Y ese maldito «pesquisas» llamó con el único fin de escuchar nuestra voz. El resto es fácil de averiguar...

—Se burló sangrientamente de mí... por segunda vez —rezongó en voz alta Henri Ballard.

La primera vez cuando Londsedale consiguió burlar a sus hombres con el truco del viejo «Austin».

¡Pensar que sus amigos servidores habían dinamitado el automóvil del verdadero Frank Harris, confundiéndole con Londsedale!

—Si tuviéramos a Harris... —se lamentó, bebiendo de un trago cuatro dedos de *whisky*—. Era un hombre competente. Duro y experimentado.

—Podemos entrevistarnos con Julien *Chien* Durand, señor Ballard —recordó Green, eternamente servil—. Chien dispone del más escogido *gang* del sur de Canadá. Es un tipo expeditivo y eficaz. ¿Para qué hacer las cosas con nuestras manos? El conoce bien la ciudad. La mitad de los confidentes de la policía trabajan para él, simultáneamente.

—Es una buena idea —concedió Ballard, animándose instantáneamente—. Pero yo acabo de tener otra.

—Hable, jefe.

—Es muy fácil: vigilaremos los alrededores del Registro Minero. Las inscripciones hay que hacerlas personalmente. Londsedale u otra persona van a registrar el yacimiento, eso es evidente. En otro caso, no hubiera valido la pena «madrugamos» ese documento. Es necesario impedir que la inscripción se lleve a cabo. ¡No estoy arriesgando mi dinero y mi seguridad para fracasar...!

—Entonces...

—Localiza a *Chien* Durand. Si es necesario seguir matando, lo haremos. No dejaré escapar el chorro de oro que supone ese uranio.

* * *

—Doscientos —volvió a repetir Londsedale.

—Ah, no. No puedo rebajar un solo centavo, señor —respondió el dueño del parque—. Es un buen coche. Arránquelo. El motor va como una seda. ¿Y la potencia...? Puede arrastrar tres coches, si fuese necesario.

Londsedale no miraba el coche «todo-terreno», sino el bonito remolque blanco situado más allá.

—¿Cuánto vale la caravana? —preguntó.

—Ah, eso es otra cosa. Si se lleva coche y caravana, puedo hacerle un descuento. Quinientos por todo, ¿qué tal?

—Muy bien. Enganche la caravana. Iré contando el dinero.

Pocos minutos después, Jeff Lonsdale abandonaba el parque conduciendo el «Dodge-TT».

Iba muy despacio.

Lo suficiente despacio para poder observar al vendedor por el espejo retrovisor.

El hombre le estuvo contemplando unos segundos y luego corrió hacia la cabina encristalada que le servía de oficina.

Tomó el teléfono y marcó apresuradamente un número.

—¿Julien? Sí, soy yo. Ese tipo, Lonsdale... Atlético, alto, con una sonrisa ingenua en los labios. ¿Cómo? Sí, le vendí un viejo «Dodge» y una «roulotte». ¿La matrícula...? Toma nota... ¿Ya? Creo que se dirige hacia el norte, por la carretera II-Trans-Canadá. Ah, por cierto, Julien: necesito más coches. Dile a los chicos que trabajen un poco, ¿de acuerdo?

Jeff Lonsdale sonrió. Todo iba como la seda.

Condujo cada vez a mayor velocidad durante tres kilómetros.

Al fin, divisó sobre el arcén el

«DS-21»

azul.

Un hombre salió del automóvil cuando Lonsdale aparcó tras del «Tiburón».

—¿Comprobaron la llamada, señor Chanteur? —preguntó el norteamericano.

Carol saludó elevando la mano desde el interior del coche.

—Sí. Viene hacia aquí, como acordamos, en cuanto se cortó la comunicación. Ese hombre llamó a *Chien* Durand, un individuo muy peligroso al que todavía no hemos podido meter entre rejas. ¿Piensa seguir adelante con su plan?

Lonsdale sonrió con sencillez.

—Desde luego.

—En ese caso, les deseo mucha suerte. Y tengan cuidado.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó Ballard, corriendo hacia su lujoso «Cadillac».

Detrás de él, Wallace Green penetró en el coche.

El «Cadillac» arrancó velozmente y se perdió entre el aluvión de vehículos que corrían por la autopista.

—Delante de nosotros rueda *Chien* Durand. Ahora, la suerte está echada para ese estúpido Lonsdale —dijo ferozmente Ballard—. Vamos, Wallace, aprieta el acelerador. Quiero ver cómo los muchachos de Durand acaban con el maldito entrometido.

No era mala jugada la que había planeado. Eso pensaba Ballard, desde luego.

Había dejado vigilancia suficiente ante las oficinas del Registro Minero.

Ahora sólo faltaba seguir a Lonsdale y a la chica hasta el yacimiento.

Allí, *Chien* Durand se encargaría de ellos. Toda evidencia del doble asesinato quedaría enterrada en aquellas soledades montañosas.

—No habrá más que extender el mapa preciso. Mi abogado sabrá falsificar un documento de venta por la concesión de Vance. Antes de un mes, la explotación de uranio estará en marcha.

Se frotaba las manos, satisfecho.

—¿Y si Lonsdale no se dirige, en realidad, al yacimiento? —preguntó Wallace Green, estúpidamente.

—¿Quieres no decir tonterías? —bramó Ballard. Cualquier posibilidad de que sus planes se torciesen le provocaba terribles dolores de estómago—. ¡Acelera, Green! ¿O tienes miedo de conducir por encima de los cien?

—El tránsito es intenso, jefe. ¿No ve cómo va la carretera? Además... ¿por qué tanta prisa? Durand no se dejará escapar a Lonsdale. Ese Gavin es un conductor sin nervios. Sé que Durand le contrató para conducir su automóvil en los atracos...

—Deja de charlar como una cotorra y ve más aprisa. Eso es todo —gruñó Ballard, llevándose a los labios la eterna petaca de *whisky*, compañera inseparable en todos sus desplazamientos.

En realidad, Ballard no quería confesar que desconfiaba de *Chien* Durand.

Si no había recurrido antes al *gángster* había sido porque Durand era demasiado inteligente para inspirarle confianza.

Si Chien olía dinero, negocio, oro fácil de conseguir... ¿seguiría siéndole fiel?

—Dame el radio-teléfono, Wallace. Quiero hablar con Chien —pidió.

* * *

—Está aquí —dijo Carol, tomando el aparato del asiento posterior—. Chanteur dijo que el receptor estaba ajustado a la onda usual en las comunicaciones por radio-teléfono. Me explicó su manejo. Tiene un dispositivo fono-captor para seleccionar las emisiones.

—Magnífico, pequeña. Conéctalo. Lo mantendremos así todo el tiempo —pidió Lonsdale.

Ella obedeció y le miró con cierta ansiedad.

—¿Tienes miedo, Carol?

La vio asentir levemente.

—Despreocúpate, pequeña. Todo va a salir bien. Yo, Jeff Lonsdale, de Stocktom y Lonsdale, detectives de Nueva York, me ocuparé de ello —sonreía, intentando confortarla.

Una voz resonó en el radio.

—¡Durand, Durand. Habla Ballard!

—Alió, Ballard. Puede hablar.

—Escuche esto. No quiero que sus muchachos hagan nada hasta que estemos seguros de que Lonsdale y la chica nos llevan al lugar clave, ¿entendido?

Se oyó una maldición en francés.

Luego volvió a oírse la voz de *Chien* Durand, con un trémolo de impaciencia y un característico tono francés.

—Señor Ballard, le dije que siempre prefiero trabajar según mis propios métodos. ¿Para qué perder el tiempo? Podemos abordarles en el lugar apropiado. Déjeme al tal Lonsdale por mi cuenta y le aseguro que hablará de corrido...

—¡No! —gritó Ballard—. Yo tendré la iniciativa, Durand. Alerté a sus hombres. No quiero ningún contacto con Lonsdale hasta que hayamos rebasado el lago Chibogamau y estemos en las proximidades del yacimiento. Hay una cabaña. Ésa es una buena referencia. Cuando estemos en el lugar, le dejaré que haga con ellos lo que le apetezca. Entretanto, limítense a seguirlos discretamente.

—Está bien, *parbleu* —gruñó Durand.

—Perfectamente. ¿Cuántos coches lleva?

—Tan sólo el mío. Un «Jaguar» grande, negro. Le avisaré si ocurre alguna novedad.

Se oyó el clic del cierre de la comunicación.

Londsdale sonreía.

—¿Ves, pequeña? No hay el menor peligro hasta que lleguemos a las montañas. Relájate. Podemos escucharles perfectamente gracias a ese gracioso chisme.

—*Alló, alló.*

Jean-Paul,

—¿*Eres tú, Julien?* Qu'est-ce qu'il passe?

—Llamada de rutina. ¿Tenéis la caravana a la vista?

—*Mais, Julien, tout va bien.* Los tenemos a doscientos metros. ¿Quieres que los empujemos fuera de la carretera?

—*Non, parbleu! Ce cachón,* Ballard... Quiere que no hagamos nada hasta llegar a Chibogamau. Esperad. Otra cosa, no quiero que Ballard sepa qué vais delante. ¿Le he dicho que sólo llevo el «Jaguar»,

d'accord

?

—*Tout d'accord, boss.*

—Bien. El nunca sabrá que os tengo a vosotros y que os utilizaré cuando me convenga. *Au revoir.*

La comunicación quedó cortada.

Carol y Jeff se miraron en silencio.

—Deliciosos compañeros del crimen —exclamó, luego, Londsdale—.

Ahora sabemos que *Chien* Durand guarda cartas en la manga. Gocemos del viaje, querida. Creo que va a ser inolvidable.

—Jeff... ¿cómo puedes tomarte esto tan a la ligera? —le reprochó Carol, abrumada por el miedo.

—No vale la pena tomárselo de otra forma, pequeña. Mira a través del retrovisor. Voy a quitar el pie del acelerador. El automóvil de esos bandidos será el que permanezca detrás, sin adelantarnos. ¿De acuerdo?

—Sí.

Tres automóviles e incluso un camión pesado adelantaron

rápida en una recta de la carretera.

Por el contrario, Carol pudo apreciar que un gran «Pontiac» gris continuaba a la zaga, igualando su marcha a la del «Dodge-TT» y su remolque.

—Es un «Pontiac» 1969, color gris plata, Jeff. Hay... unos cinco o seis hombres a bordo. Incluso puedo ver la chapa de matrícula: TORONTO-X-169 —dijo Carol un minuto después.

—¡Perfecto! Sigamos adelante hasta llegar a un lugar a propósito. Quiero gastarles una broma.

Carol encendió, nerviosa, dos cigarrillos, uno de los cuales puso en los labios de Lonsdale.

La carretera empezó a describir una serie de curvas izquierda-derecha en progresión ascendente.

El firme se estrechó. En el arcén, dos motoristas de la Policía Montada del Canadá vigilaban el tránsito.

Lonsdale alzó la mano en señal de saludo y los agentes contestaron del mismo modo.

La pendiente se tornó más y más aguada. Finalmente, el detective vio el precipicio a la derecha.

Los motoristas se habían perdido de vista.

—Compré dos kilos de tachuelas, Carol. Deben estar bajo el asiento.

—¿Qué te propones? —preguntó la muchacha, alarmada.

—Poca cosa. Toma dos o tres puñados y arrójalos a la calzada. Son unas tachuelas especiales, huecas, a propósito para pinchar neumáticos como los que lleva el «Pontiac».

—Pero, Jeff, eso...

—¡Haz lo que te he dicho, ahora mismo!

Carol, enervada, obedeció.

Lonsdale metió la tercera velocidad, más potente y aceleró a fondo.

El «Pontiac» llegaba en ese momento a la curva.

De repente, el coche comenzó a desviarse peligrosamente a la derecha, donde se extendía el pavoroso precipicio apenas protegido con una tela metálica coloreada.

—¿Te has dormido,

Jean-Paul?

—Barbotó uno de los *gangsters*. Y de un volantazo obligó al coche a girar hacia la izquierda.

Todo sucedió muy aprisa.

En la izquierda, un gran farallón rocoso se alzaba a lo alto. El «Pontiac» chocó contra la roca y rebotó de nuevo hasta el centro de la carretera, donde quedó atravesado.

Dos camiones frenaron precariamente detrás del «Pontiac», a punto de embestirle.

Entre tanto, los pandilleros de *Chien* Durand gritaban y vociferaban dentro del coche pugnando por salir.

Apenas tardó diez minutos en formarse una larga cola de vehículos detenidos en mitad de la cuesta.

Luego se oyó la sirena de los motoristas. Para entonces

Jean-Paul

y el resto de los forajidos, habían logrado salir del automóvil.

Ni siquiera pudieron advertir que Jeff Lonsdale, que había detenido su vehículo cien metros más arriba, introducía un brazo por una de las ventanillas y depositaba sobre el asiento trasero un cartucho de papel kraft.

Los pandilleros seguían vociferando, chillando y gimiendo.

—¡Apártense, apártense! —Los motoristas acababan de aparecer—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¡Tachuelas! —gritó uno de los *gangsters* recogiendo algunas del suelo—. Las arrojaron desde el «Dodge» que arrastra una *roulotte*. ¡*Canailles*! Han estado a punto de matarnos.

—¿Una *roulotte*? Está bien, los perseguiremos. Ahora, échenos una mano. Hay que apartar el coche del medio de la carretera o se formará una cola que llegará a los lagos.

Ya estaba el agente de la Policía Montada empujando, cuando vio el cartucho y algunas tachuelas vertidas sobre el asiento trasero.

Inmediatamente sacó su pistola, da reglamento y ordenó:

—¡Quietos ahí! Levanten las manos. Así que, según ustedes, las tachuelas fueron arrojadas desde el «Dodge», ¿eh? ¿Quieren decirme entonces qué significa ese envase lleno hasta rebosar...?

CAPÍTULO VII

Los *gangsters* se miraron entre sí, incrédulos, pasmados.

El primero en reaccionar fue precisamente

Jean-Paul,

el hombre de la cicatriz en la mejilla izquierda, un recuerdo de los tiempos de Montreal.

Jean-Paul

pensó en las metralletas que bajo los asientos estaban escondidas.

Los dos policías iban a descubrir las armas, era seguro. Porque no se conformarían con ponerles una multa. Registrarían el coche y...

—¡No es nuestro! —protestó. Pero lo que quería era tener oportunidad de levantar el asiento y tomar una metralleta en las manos.

Casi lo logró.

La había extraído de un manotazo e iba a girarse cuando uno de los policías disparó.

Jean-Paul

se arrugó. Su rostro golpeó violentamente sobre el cristal de la portezuela y cayó al suelo.

—Que nadie se mueva —advirtió fríamente el agente que había disparado—. Decían que eran inocentes, ¿no? Ese hombre intentó asesinarnos. ¡Vamos, vayan contra esas rocas y apoyen las manos sobre la pared!

Obedecieron, sobrecogidos de espanto.

Poco después, los motoristas dejaban el camino libre.

Chien Durand, que lo había presenciado todo cincuenta metros más atrás rechinó los dientes de rabia y de cólera fría.

No le costó trabajo adivinar lo que había ocurrido.

Londsdale, el maldito entrometido, era demasiado inteligente.

Londsdale tenía una imaginación ágil, diabólica.

Ballard, sin embargo, sólo se alteró levemente al ver cómo los policías cacheaban a aquellos hombres. Porque no los conocía.

Desde lo alto, Carol Vance había observado la escena desde el principio al final.

Cuando la circulación fue restablecida, la muchacha volvió al coche aprisa y esperó la vuelta de Lonsdale, que llegó sonriendo burlonamente.

—Y bien, pequeña... ¿qué te pareció el *show* Lonsdale? —preguntó el detective con ironía.

Ella no contestó enseguida.

Pero cuando Lonsdale ponía ya en marcha el vehículo, murmuró:

—Papá decía que tanto George como tú erais detectives demasiado caros. Ahora empiezo a comprender por qué vuestras tarifas son tan elevadas, Jeff.

* * *

Al amanecer abandonaron la ciudad de Malartic, donde habían pasado la noche.

En cuanto el «Dodge» se puso en marcha arrastrando la *roulotte*, Lonsdale pudo advertir que dos automóviles le seguían a distancia. Embaló su coche en tercera velocidad y, de repente, se desvió a la derecha, simulando una avería.

Dos automóviles adelantaron necesariamente, unos segundos después.

—¡Ahora, pequeña! —ordenó Lonsdale.

Carol disparó dos veces la cámara que tenía entre las manos.

—¿Los tomaste? —preguntó el detective, sonriente.

—Creo que sí. Un «Cadillac» último modelo y un «Jaguar» oscuro, ¿no?

—Justamente. Pude ver a Ballard cubriéndose el rostro con un periódico. El «Jaguar» es el coche de *Chien* Durand. ¡Perfecto! Nos detendremos en la primera ciudad por la que pasemos y revelaremos las fotos.

Carol apoyó su fina mano en el hombro de Lonsdale.

—Todavía no he podido comprender por qué las fotos, Jeff. ¿Cuál es el misterio? —preguntó.

Jeff lanzó una carcajada divertida antes de responder.

—Verás, pequeña. Son mis métodos de trabajo. Las fotos revelarán muchos datos. Tal vez podamos ver bien los rostros de esos caimanes. También tendremos las matrículas de los dos

automóviles. Si tenemos que llamar a la policía...

—Jeff, debo decirte una cosa. Arriba, en la montaña, la policía no tendría nada que hacer. Esos indeseables podrían asesinarnos impunemente y hacer desaparecer cualquier vestigio de nuestra existencia sin que la policía lograra encontrar jamás el menor indicio.

—Nada de eso va a ocurrir, Carol. Todo irá bien. Descansa —respondió.

Pero no había dicho la verdad Londsedale.

Quería aquellas fotos para enviarlas urgentemente a George Stocktom, en Nueva York.

Si las cosas iban mal, si algo se torcía..., George sabría quiénes eran exactamente los responsables de dos asesinatos.

Arrancó.

Dos millas más allá, pudo distinguir la carrocería oscura del «Jaguar» entre los abetos: Chien aguardaba, prefería dejarlos pasar delante.

Ballard probablemente habría hecho otro tanto. Estaba claro, pues, que ninguno de los *gángsters* deseaban perder de vista al «Dodge-TT».

Carol encendió dos cigarrillos. Parecía preocupada cuando puso uno en los labios del joven.

—Jeff, ese inspector Chanteur... ¿es hombre de confianza? —preguntó.

—Te estás preguntando por qué te puse en peligro entrevistándome con él, ¿no es cierto?

Ella asintió con leve movimiento de cabeza.

—Pues bien —dijo—. No fui yo quien le visitó.

—¿Que no fuiste...? —clamó ella, estupefacta—. ¿Cómo pudo ocurrir entonces...?

—Me abordó cuando regresaba del Registro Minero. Vio mis nudillos ensangrentados e hizo una broma relativa a la sangre que manchaba mis ropas. Yo estaba en guardia. Pensé que podía tratarse de un individuo pagado por Ballard. Cuando me disponía a desembarazarme de él, sacó una credencial y se presentó. Claude Chanteur, inspector de la policía secreta canadiense.

—¿Qué te dijo?

—Fue recto al grano. Me habló de ti. Estaba encargado del

asesinato Vance. Estuvo muy amable. Me dio a entender que sospechaba que yo conocía tu paradero. No solté prenda hasta que me aseguró que la policía estaba firmemente convencida de que tú no podías haber asesinado a tu padre.

—¿Y bien...? Chanteur no me dio demasiadas explicaciones.

—Me dijo abiertamente que si no habían retirado la orden de captura contra ti, se debía a una elemental medida de precaución. Sospechaban de Ballard, pero quieren confiarle.

—¿Sospechan de Ballard? ¿No te parece demasiado fácil?

—No, según Chanteur se explicó. Habían seguido los últimos pasos de tu padre y ello les había llevado al Chrystal Palace. Aunque Ballard se ha dado buena prisa en cerrar su tugurio, Chanteur interrogó al portero. Éste fue el último hombre que vio, vivo, a tu padre. Chanteur le apretó las clavijas y el individuo firmó una declaración diciendo que Edward Vance no había vuelto a salir del Chrystal Palace, ¿comprendes?

Carol suspiró levemente.

—Comprendo. De forma que aunque ellos sepan que soy inocente, para cualquier agente patrullero sigo siendo una asesina...

—Cálmate. No hay peligro. Hablé de ello con Chanteur. Me dijo que no corrías el menor riesgo. Todos los policías del país estaban al tanto del asunto. Oficialmente no se te busca.

—Es un consuelo —murmuró ella. Y señaló el letrero anunciador de una localidad próxima: Senneterre.

Unos minutos después, Jeff Londsdales abandonaba la carretera y rodaban a lo largo de las calles del pueblo.

—Aguarda aquí, pequeña. Recoge la radio, la cámara. Guárdalos debajo del asiento. Volveré en cuanto haya depositado las fotografías en correos —dijo el detective.

A cien metros de allí. *Chien* Durand bajó del «Jaguar» a estirar las piernas.

—Eh, Jacques —llamó a uno de sus forajidos.

Un individuo alto y delgado, con grandes mostachos, bajó del automóvil.

—¿Sí, jefe?

—¿Sigues teniendo esa rara habilidad tuya de abrir cerraduras sin violentarlas? —preguntó Chien, adelantando su sobresaliente labio inferior.

—Por supuesto, jefe. ¿Qué hay que abrir?

Durand miraba hacia el «Dodge-TT» del que acababa de apearse Jeff Londsedale.

—Tengo curiosidad por saber lo que guardan en esa gran *roulotte*, Jacques. Ve allí y abre la portezuela de atrás. No quiero que toques nada. Sólo que me informes de su contenido.

—*Okay*, jefe —respondió el larguirucho Jacques Vivier, que sentía una gran admiración hacia todo lo yanqui, comenzando por las metralletas.

Chien le vio andar a largas zancadas hacia la *roulotte*. Por fortuna, las calles de Senneterre aparecían solitarias.

Sigilosamente, procurando no ser visto a través del espejo retrovisor que llevaba el «Dodge» sobre el guardabarros izquierdo, Jacques avanzó hacia la gran caravana pintada de blanco.

Una ojeada a la cerradura y Vivier sonrió.

—Nada más fácil —pensó reconociendo el sencillo cierre.

Sacó su navaja. Era un arma de múltiples hojillas, algunas de las cuales valían perfectamente para penetrar en la cerradura más estrecha.

Seleccionó una ganzúa dotada de guardas móviles al comprender que no podría ver nada a través de las ventanillas veladas con cortinas de cretona.

Silencioso, Vivier introdujo la ganzúa y tanteó suavemente.

Una tosecilla femenina le obligó a inmovilizarse después de extraer velozmente la ganzúa.

Esperó.

La mujer que ocupaba la cabina del «Dodge» no parecía dispuesta a salir.

Más confiado, el *gángster* volvió a su trabajo.

Con el pulgar fue regulando las guardas a medida que tanteaba levemente, girando la ganzúa a la derecha.

Sonó un chasquido.

—Ya lo sabía yo —murmuró—. ¿Habrà alguna cerradura que se resista a un tipo llamado Jacques Vivier?

Sin sacar la ganzúa, Jacques presionó la manecilla y la portezuela se abrió silenciosamente.

Avanzaba la cabeza para mirar dentro, cuando llegó hasta sus oídos el ronco gruñido.

Jacques gritó, atemorizado.

Una sombra leonada, poderosa, saltó sobre él.

Jacques dio un salto y echó a correr.

Pero el gran danés tenía largas patas y un pecho robusto como el de un toro y le alcanzó apenas diez metros más allá.

Los afilados colmillos del perro hicieron presa en los fondillos de sus pantalones. Un gran pedazo de tela quedó entre las fauces del animal.

Gritando sin poder evitarlo, Jacques quiso huir.

No pensaba entonces en lo ridículo de su situación, mostrando a la curiosidad de cualquier mirón sus encarnados calzoncillos.

Sólo quería escapar de las fauces de aquella temible fiera que rugía y rugía sordamente, acosándole.

Jeff Lonsdale llegó en aquel momento.

Sonrió al ver la ganzúa en la cerradura de la portezuela y corrió hacia el centro de la calle, donde el danés inmovilizaba a Vivier.

—Muy bien, muy bien, amiguito —golpeaba los recios costillares del animal—. Suéltalo, «Tigelino», deja a este hombre.

El perro abrió las temibles fauces y soltó el pantalón de Vivier.

Jacques ni siquiera pudo ver el puño de Lonsdale.

Un seco restallido resonó en su cerebro.

Be pronto se vio en el suelo.

Todavía pudo incorporarse, agitando su cabeza como un boxeador sonado.

E incluso llevarse la mano al cinturón para extraer el «Colt 45» de cañón recortado.

Pero sólo hasta allí le dejó llegar «Tigelino».

Antes de que hubiera podido disparar, el danés atenazó su muñeca, clavándole profundamente los colmillos.

—Está bien, está bien, déjalo ya —ordenó Lonsdale. De una patada envió el revólver a muchos metros de distancia.

Echó el brazo atrás. Jacques, atemorizado, se cubrió el rostro. Pero el puño del detective de Nueva York se incrustó secamente en su estómago.

Jacques se puso a vomitar puercamente en mitad de la calle.

—Esa maldita curiosidad —se chaceó Lonsdale—, le va a producir muchos quebraderos de cabeza, amigo. Ahora será mejor que se ponga en pie y se marche. Ah, y llévase esto.

El forajido estaba poniéndose en pie arrugado como un acordeón, cuando su navaja le alcanzó en un pómulos.

Ni siquiera se detuvo a recogerla.

A trompicones, tambaleándose como un borracho, Vivier corrió despavorido y se perdió de vista.

Lonsdale cogió al perro por el collar y, sumiso como un corderillo el animal, volvió a la *roulotte*.

CAPÍTULO VIII

El inmenso lago estaba cubierto de densa niebla blanquecina.

Ballard, que había hecho una detestable digestión a bordo de su lujoso «Cadillac», se incorporó sobre el asiento.

—No me gusta este lugar, Wallace. ¿Va delante Durand? —preguntó.

Green asintió con un movimiento de cabeza.

—¿No puedes conducir más rápido? Vas tan lentamente que una tortuga podría alcanzarte —dijo desabridamente Ballard.

Green plegó los labios en un gesto contrariado.

—Hace horas que hemos abandonado la carretera, señor Ballard. Rodamos sobre un camino de cuatro metros de anchura. Además, está la niebla. La visibilidad es mala —respondió.

—Paparruchadas —adujo Ballard—. Eres un incapaz, Wallace.

Green no dijo nada.

Estaba harto. Harto hasta la exageración de aguantar al despótico Ballard.

«Algún día no podré aguantarle más. Algún día le mataré...», —pensó, entornando los ojos.

La idea surgió, de repente, por sí sola.

El yacimiento de uranio descubierto por Vance suponía una riqueza incalculable.

¿Por qué no esperar al momento propicio y dejar a Ballard fuera del juego?

Por supuesto, que debía pensar también en *Chien* Durand y sus chacales armados de metralletas.

Esperaría.

Wallace Green era lo suficientemente inteligente para indisponer a los dos peces gordos entre sí.

Bastaría con deslizar en el oído de Durand cualquier comentario como «tenga cuidado, Durand. No creo que mi jefe esté dispuesto a repartir esa riqueza con nadie...».

Sí, Green iba a esperar que se matasen entre sí. Después él recogería limpiamente el botín.

—Puedo hacer todo lo que haga Ballard. Cuando regresemos a North Bay, sólo un hombre se sentará detrás de la mesa. Yo —se propuso.

La niebla se espesaba más y más, procedente del lago Chibogamau. Aquel condenado sendero se tomaba también, a cada instante, más y más peligroso.

Curvas, pendientes, precipicios...

La luz del día iba desapareciendo. A las ocho de la tarde, ni siquiera los poderosos faros antiniebla podían despejar las brumas.

Los pensamientos de Wallace Green volvieron nuevamente a Ballard.

Lo odiaba.

Durante años, Wallace había sido un lacayo para Ballard. Un lacayo de confianza, sí, un lacayo de primera categoría, pero sólo eso.

Había administrado para él el negocio del Chrystal Palace, le había suscitado nuevas ideas para aumentar los ingresos, había sido administrador, mayordomo, camarero...

—Wallace, sírveme un *whisky*. No pongas tanto hielo como siempre. ¡Eres detestable como barman! —exigió en aquel momento Ballard, como si pudiera leer sus pensamientos.

Tuvo que tragarse su rabia, su humillación.

Sujetando el volante con una sola mano, abrió el pequeño bar instalado bajo el panel de instrumentos.

Estaba vertiendo *whisky* en un vaso cuando vio de pronto el «Jaguar» de *Chien* Durand.

La botella se vertió sobre sus zapatos al abandonarla sobre la bandeja de formica.

Pisó el freno a fondo, torció el volante...

En medio de una polvareda, se escuchó el crujido.

Ballard comenzó a despotricar, pero Wallace no le hizo caso.

Había bajado del coche y miraba el «Jaguar» atrapado bajo un gigantesco abeto. El morro del automóvil desaparecía bajo el espeso follaje verde de la copa del árbol.

Wallace miró el «Cadillac». No le había ocurrido nada de importancia..., a excepción de dos faros destrozados y el paragolpes torcido.

Más allá, *Chien* Durand rugía, furioso.

—¡Lo mataré, lo convertiré en un colador en cuanto lo tenga ante

mis ojos! —aullaba.

Ballard había descendido también de su lujoso «Cadillac» y contemplaba, con expresión dramática, los desperfectos que el golpe había causado en la bella carrocería.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Wallace Green, aproximándose a los hombres de Durand, que hacían esfuerzos por apartar el árbol.

Chien se aproximó a ellos arrojando espuma por la boca como un auténtico perro rabioso.

—¡Ese canalla...! —No tenía que decir su nombre para que Ballard y Green supieran a quien se refería—. Debíó comprar todo un equipo por el camino... Está claro que cortó el tronco de ese abeto con una sierra mecánica. ¡La maldita niebla hizo lo demás! Gavin es un experto conductor y, sin embargo, no pudo impedir chocar con el árbol al salir de la curva...

Patéticamente, Ballard contemplaba el desolado panorama.

Media hora después, los pandilleros habían logrado apartar el árbol. El «Jaguar» tenía el capot perfectamente abollado, pero el motor respondió a la puesta en marcha.

—¿Gavin? —preguntó Chien a su conductor.

—El radiador tiene una fisura y el agua escapa lentamente. Si no llenamos en alguna parte un par de depósitos de agua, tendremos que abandonar el vehículo.

¡—*Cochon du diable!*— masculló Durand, refiriéndose, sin duda, a Jeff Lonsdale. —¿Qué podemos hacer?

—El «Cadillac» —dijo Gavin, señalando el coche de Ballard—. Debemos continuar en él.

—¡No piensen en ello! —rugió enseguida Ballard—. No voy a consentir que sus hombres invadan mi...

Durand se acercó a él y le tomó por las solapas de la elegante chaqueta gris.

—Señor Ballard, sin duda ignora usted la situación. Lonsdale puede estar ahora escondido en esas alturas. Si dispone de una carabina podría ametrallarnos a todos impunemente. Todos nos jugamos mucho en este negocio, entérese. Vamos a ir en el «Cadillac». Gavin, sácale la gasolina al «Jaguar». Creo que nos va a hacer falta.

Ballard miró de hito en hito al canadiense, que mantenía una mano sepultada en el bolsillo de su chaquetón.

¿Empuñaba una pistola? Tratándose de *Chien* Durand todo podía esperarse.

A Ballard le repugnaba tener que viajar apretado entre aquella... gentuza, pero no tuvo más remedio que ceder.

—Está bien —gruñó. Y volvió a su coche, tratando de reservarse el mejor sitio.

—Salga de ahí, Green —ordenó Chien—. Gavin conducirá esta bella y potente bombonera.

Wallace rechinó los dientes. Tampoco él podría simpatizar con el tiránico Durand.

Dejó su sitio a Gavin, no obstante.

¡Dios santo, pronto iba a llegar su ocasión! También le iba a gustar ver a *Chien* retorciéndose, con el pecho cruzado por una ráfaga de metralleta...

* * *

El «Dodge» había quedado en medio de la arboleda, perfectamente oculto.

—¿Crees que nos buscarán, Jeff? —preguntó Carol nerviosa.

Londsdale comprendía su temor.

No habían vuelto a captar ninguna llamada por radio.

Era obvio que, así, Londsdale no podía estar al tanto de las intenciones de los *gangsters*.

Dejó la taza de café sobre el tablero-cocina de la *roulotte* y sonrió. Siempre sonreía. Era su mejor arma para combatir el desaliento de la jovencita.

—No, no nos buscarán. Estarán buscando una forma de pasar la noche. Harán una hoguera, seguramente, para protegerse del frío. Después de sacar el coche de debajo del abeto, ¿no crees que se sentirán demasiado fatigados?

Carol se estremeció levemente.

—¿Sabes una cosa? Ahora, de noche, en esta inmensa soledad... el temor, el miedo me parece más sólido, Jeff. Ballard es un criminal; *Chien* Durand es aún peor, más duro y sanguinario. ¡Si hubiesen decidido asesinaros esta misma noche...!

Londsdale la besó de pronto, fugazmente, en los labios.

—¿Y perder la posibilidad de situar el yacimiento? —preguntó, burlón—. No. Piénsalo, Carol. Ellos sólo quieren uranio. Es decir, oro, dinero, poder... Esperarán, serán cautos, nos perseguirán hasta el lugar que tú...

—¡Espera! Ahora saben que nosotros conocemos su presencia en la montaña. Sería infantil suponer otra cosa...

—Es cierto. Lo hice con toda intención. Empezarán a temernos, pequeña. Ballard supone, con acierto, que tú conoces bien esta región. Para ellos, fieras de la ciudad, la montaña es un misterio.

—¿Qué te propones entonces? Responde con exactitud —exigió la muchacha.

Londsedale se puso en pie y fue hasta la puerta. Silbó quedamente.

La cabezota de «Tigelina» apareció inmediatamente en la puerta.

Jeff le acarició con suavidad y dejó ante el animal una escudilla con comida.

—¿Viste? —se volvió sonriendo a la muchacha—. Tu perro hizo rápidamente amistad conmigo.

—Es cierto. Pero no has respondido a mi pregunta, Jeff. ¿Cuál es tu plan?

Londsedale rió alegremente.

Aquella risa tenía la virtud de devolver a Carol la seguridad que a veces le faltaba. Sobre todo desde que hubieron profundizado en la montaña.

—Voy a ponerlos nerviosos, Carol. No vamos a ir directamente al yacimiento. Mañana vamos a consumir todo el día dando vueltas y revueltas a través de estos vericuetos...

—¿Con qué fin?

—¿Lo preguntas? Ellos no tienen quinientos litros de gasolina como nosotros —sus dedos tabaleaban sobre los dos bidones metálicos atados al final del estrecho pasillo.

—No está mal. Se quedarán sin gasolina. No podrán utilizar el coche.

—Eso... si no se despeñan por cualquier barranco, solución que yo aplaudiría con todas mis fuerzas. Tú quieres vengar la muerte de tu padre, Carol.

Las juveniles facciones de la muchacha se tensaron.

—Sí.

Nada deseaba más que aquello. Ballard había asesinado a su padre

para robarle.

Y además la había incriminado en un asesinato e incluso había intentado matarla.

—Tienes razón. Es una fiera sedienta de sangre y de... oro. Debe recibir su castigo.

—Entonces... déjame hacer. Quiero que pasen muchas horas juntos, Durand y Ballard. Quiero que empiecen a discutir... Tal vez, no sea muy arriesgado esperar que ellos mismos se maten entre sí. La montaña, en cualquier caso, hará el resto.

Londsdale se alejó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Acuéstate. Yo dormiré en la cabina, con el perro. No temas, «Tigelino» tiene unas facultades portentosas. Si alguien se acércase a nosotros, él me despertaría, estoy seguro.

—¡Espera! —gritó Carol.

Le tomó por una mano y se abrazó a él como una chiquilla asustada.

—No soy una niña remilgada, Jeff. Hay dos literas en la *roulette*, ¿no? —Carol no separaba sus labios del cuello del hombre, ruborosa—. «Tigelino» vigilará fuera. Pero si algo ocurriera... quiero que estemos juntos. ¡No quiero quedarme sola!

Londsdale no sonrió ahora.

Tomó a Carol en brazos y la depositó sobre la litera superior.

CAPÍTULO IX

El nuevo día amaneció sombrío.

Por encima de las montañas, negros nubarrones tormentosos ocultaban el sol cuando el «Cadillac» se puso en movimiento hacia las cumbres.

Ballard, con los huesos molidos, malhumorado y hambriento, se revolvió entre los anchos hombros de los rufianes de Durand.

—Es perder el tiempo lastimosamente —refunfuñó Chien—. ¿A qué esperar cuando tenemos al alcance de la mano una fortuna...?

—Jamás hablé de una fortuna... para usted, Durand —Ballard quería aclarar las cosas desde el primer momento—. Usted se avino a trabajar para mí por una cantidad, ¿no es cierto?

Chien rió ladinamente.

—Eso sólo fue el principio, *monsieur* —replicó—. Antes de saber con exactitud de qué se trataba. Ahora veo algunas probabilidades para mí, créalo. No voy a conformarme con un puñado de dólares.

—¿Qué es lo que se propone? —bramó Ballard, incorporándose, pues Durand ocupaba el asiento contiguo al conductor.

Marcel y André, dos de los forajidos de Chien, le retuvieron férreamente, apresándole por los hombros.

Durand se volvió hacia él y le empujó por el pecho, sin delicadeza.

—Síéntese, Ballard. ¿Sabe una cosa? —había entornado los ojos y fruncido los gruesos labios en un gesto cruel—. Siempre he estado esperando una ocasión como ésta. Piénselo. ¿Sabe que me bastaría hacer un chasquido con los dedos para que usted y ese perro fiel de Green pasaran a mejor vida?

A Ballard le tembló un párpado.

—¿Es eso lo que piensa? —balbuceó—. ¿Asesinarnos?

Cínicamente, Durand le arrojó una bocanada de humo a la cara.

—No..., si no me molestan excesivamente. En realidad, mi punto de vista es éste: tenemos ante nosotros una bonita oportunidad de enriquecernos. Usted y yo, Ballard. Supongamos que consigo registrar ese yacimiento de uranio...

Ballard volvió a incorporarse bruscamente.

—¡Es usted un...! —bramó.

Pero los sicarios de Chien le devolvieron brutalmente a su posición inicial.

—Nada de insultar, Ballard... ya que vamos a ser socios. Necesitaré, como le decía, un socio capitalista. Usted tiene dinero de sobras, me consta. Adquirirá la maquinaria minera necesaria... Yo, con mis chicos, me ocuparé de la vigilancia y el orden. ¿Por qué hacer remilgos, mi querido socio, si no podrá gastar durante los años que le quedan de vida, los millones que ganará en este asunto...?

Ballard respiraba entrecortadamente.

¡Cómo odiaba a Durand, cómo le gustaría apretar su cuello entre las manos y apretar... apretar hasta verle perder el aliento!

Por desgracia... no se encontraba, en el presente, capacitado para aquello.

Más bien era Durand, aunque le costase esfuerzo reconocerlo, el que dirigía la marcha de los acontecimientos.

Tendría que transigir... de momento.

—¡Sí! —murmuró—. ¿Por qué no? Tal vez usted sea, Durand, el tipo idóneo para organizar este negocio.

Chien sonreía, mostrando unos dientes tan blancos como los del animal que le había valido el apodo.

—¿Entonces...? —Chien le alargaba una mano fina y fuerte.

—Seremos socios, puesto que así me lo aconseja la prudencia, Durand. Conforme: usted tendrá su cincuenta por ciento neto y yo el resto. Con una condición...

—¿Sí?

—Líbreme de Carol Vance y ese entrometido Londsedale. Tal como están las cosas, creo que usted tiene razón: no podemos perder el tiempo. Atrápelos y hágalos confesar la situación exacta del yacimiento. Debemos estar muy cerca. Vance indicó que su campamento se encontraba a unas treinta millas del lago Chibogamau.

A Chien le brillaron demasiado los ojos.

—*Oh, la, la...* —rió—. Yo me ocupo de eso. Gavin, date prisa. Tenemos que alcanzarlos.

El «Cadillac» ascendía continuamente a través de aquel sendero.

Más que un camino propiamente dicho, parecía tratarse de un cortafuegos[2] trazado en la montaña.

El terreno, ya apisonado por el continuo ir y venir de guardabosques y cazadores, se había endurecido y permitía una marcha discreta.

Sin embargo, el «Dodge» que conducía Londsedale no apareció ante ellos durante toda una hora de recorrido.

—¡Para, Gavin! —ordenó Chien, malhumorado—. Creo que Londsedale ha vuelto a burlarnos de nuevo.

—¿Qué quiere decir? —Ballard se sentía intranquilo ante la simple idea de perder el buen camino.

—Cuando escuchamos el motor de su coche esta mañana, imaginamos que Londsedale iba a continuar camino adelante. Sin embargo, hemos olvidado que lleva un «Dodge-TT» un vehículo capacitado para viajar a campo través. ¿Has visto sus huellas sobre el camino, Gavin?

—Ni una sola vez. He puesto especial interés en los pasos de aluviones, donde se deposita tierra fina. No hay señales de neumáticos —respondió éste.

—Será mejor que calléis todos. Afinad el oído. Tal vez podamos escuchar el escape del motor de su «Dodge»... ¡Callad! —ordenó. Enmudecieron.

Hasta sus oídos llegó el canto de los escasos pájaros que vivían en aquellas alturas y el susurro del viento en el bosque.

—Nada —gruñó Wallace Green, desilusionado—. ¿Qué vamos a hacer?

Chien abrió la portezuela y se dejó caer al lado de Gavin.

—Da la vuelta. Ha debido apartarse del camino. Mirad todos con atención. Tenemos que encontrar sus huellas —gruñó.

Hecha la maniobra, Gavin embolsó el «Cadillac» cuesta abajo y todos se abalanzaron a las ventanillas, ansiosos por cumplir las instrucciones de Durand.

Fue Ballard, que había sacado unos gemelos y oteaba las alturas con desusado interés, quien gritó de repente atrayendo la atención de todos.

—¡¡Allí!! ¡¡Arriba!!

Gavin frenó en seco. El automóvil derrapó sobre la gravilla y se escoró peligrosamente a la izquierda, a punto de salir del camino.

—¿Dónde, dónde...? —exclamó Chien, impaciente.

De un manotazo arrancó los gemelos a Ballard y miró a través de

ellos.

A mitad de la falda de la montaña, unos cinco kilómetros más allá, la *roulotte* aparecía y desaparecía intermitentemente entre los árboles.

Al fondo, se elevaban los duros farallones rocosos de una falla verdosa.

Durand maldijo en francés y escupió en el suelo.

—¡Maldita sea, nos lleva demasiada delantera! —bramó.

—Al menos sabemos dónde se encuentra —dijo Ballard.

Chien le miró despectivamente.

—Sí. Pero ¿quiere decirme como llegar allá? —se burló—. Hay un valle de unos cuatro kilómetros por medio. Eso quiere decir que tendremos que bajar hasta el fondo para volver a remontar esa cumbre...

—Es cosa suya —respondió Ballard, humillado—. Usted cargó con el trabajo de capturar a esos dos resbaladizos individuos. ¡Haga algo, piense!

Durand le volvió la espalda.

Como respuesta a sus palabras, un zumbido monocorde llegó hasta ellos.

Todos alzaron la vista, todos pudieron ver en lo alto el helicóptero que aparecía entre las negras nubes.

—Son los vigilantes del servicio de guardabosques nacionales —dijo André.

—Ahí tiene lo que necesita, Durand —se chanceó Ballard, bajando apresuradamente del automóvil—. Ahora sólo tiene que obligarles a bajar, llenarles el cuerpo de plomo y quitarles el aparato. ¡Seguro que su inestimable Gavin sabe pilotarlo...!

Ya iba a responder secamente el *gángster*, cuando se detuvo y volvió a alzar la mirada a lo alto.

—No es mala idea, Ballard —dijo con una sonrisa enigmática.

Volviéndose a sus hombres, gritó:

—Aprisa, André, Justin, Jacques... ¡Sacad un par de latas de gasolina y vertedlas en el lindero del bosque!

—¿Qué idea tiene en la cabeza, Durand? ¿Acaso se ha vuelto loco?

—exclamó Ballard.

Pero Durand se rió de él hirientemente.

—Nada de eso, querido socio. Estoy pensando que llegar hasta

Londsdale con el automóvil sería excesivamente pesado y nos llevaría mucho tiempo. Usted lo ha dicho: haré bajar a los del helicóptero. ¡Vivo, Gavin, oculta el coche!

Estupefacto, Ballard comprobó que los forajidos de Chien estaban poniendo en práctica las órdenes de su jefe.

Hasta su olfato llegó el penetrante olor de la gasolina.

De repente, Ballard corrió hacia Durand y le agarró por un brazo.

—¡Ahora lo comprendo! —gritó—. ¡Sí, está loco de remate! Va a incendiar el bosque, va a quemar miles de árboles. Todo se convertirá en un infernal brasero... ¡Todos nosotros vamos a morir abrasados!

Durand tuvo que abofetearle para atajar su ataque de histeria.

—No sea cobarde, Ballard. El aire sopla del Oeste. Eso quiere decir que el fuego se extenderá hacia el Este, hacia la cumbre de esa montaña. El incendio detendrá a Londsdale y su chica. Pero también obligará a bajar a los guardabosques. Y entonces...

Ballard no se sintió con fuerzas para responder.

Un minuto después, Durand lanzaba un fósforo encendido al borde del camino. Una gran llamarada envolvió los abetos.

CAPÍTULO X

Cuando el helicóptero desapareció al otro lado de las montañas, «Tigelino» comenzó a ladrar con fuerza.

—¿Qué puede ocurrirle, pequeña? —preguntó Londsedale, arrugando el entrecejo en un gesto característico.

Carol se encogió de hombros.

—Tal vez, «Tigelino» ventea la caza. Hay zorros y alces por esta zona. Será mejor que sigamos.

—Echa otra ojeada. Quiero que tengas controlado el coche de esos granujas —rogó el detective.

Carol tomó los prismáticos de largo alcance y enfocó el aparato hacia abajo.

El color huyó de sus mejillas.

—¡Jeff! ¡¡Mira!! —gritó. Y le ofreció los prismáticos.

Las frondas del bosque fueron desfilando ante las lentes.

Súbitamente, Jeff detuvo su movimiento y lanzó una exclamación ahogada. ¡El bosque ardía...!

—Canallas —murmuró, encolerizado. Y agregó en voz alta, despreocupada—. Una original manera de preparar el asado.

—¡Jeff! ¿No piensas lo mismo que yo? —Carol se había mojado el dedo índice y lo elevaba al aire—. El viento sopla del Oeste. En pocas horas, el bosque arderá hasta la cumbre. Y nosotros...

—Nosotros no vamos a esperar hasta que estemos dorados, querida —la eterna sonrisa estaba allí, distendiendo las simpáticas facciones—. Vamos a descender en oblicuo. Trataré de dejar atrás esta zona antes de que el fuego nos chamusque los cabellos.

Metió la primera velocidad y arrancó. Detrás del coche, la *roulotte* danzaba sobre los guijarros y piedras del camino.

Buscando pasos a propósito, Londsedale condujo durante un cuarto de hora.

Luego, de repente, entre los gruesos troncos aparecieron las primeras llamaradas.

—Hay que dar la vuelta, Jeff —dijo Carol. Y no podía impedir que sus labios temblaran—. La pendiente no nos deja opción. Sólo hacia

arriba.

La *roulotte* estuvo a punto de volcar cuando Lonsdale hizo la maniobra en un lugar que apenas tenía seis metros de anchura. Es decir, la longitud de los dos vehículos.

Por fortuna, el remolque se estabilizó y rodó tras del «Dodge».

Unos trescientos metros más allá, el detective detuvo el automóvil.

Los dos respiraban entrecortadamente. Se miraron, en silencio.

—¿Qué...? —preguntó al cabo la muchacha—. ¿Crees que existe alguna esperanza...?

—¡Por supuesto! —exclamó él, alegremente—. Lo vi en una película; es un precioso truco. Escucha: tenemos que combatir al fuego con sus mismas armas: las llamas. Si prendemos fuego a los árboles aquí mismo, el incendio dejará tras sí una zona estéril, donde ya no podrán prender las llamas que han provocado esos canallas.

—¿Es fácil? —Carol le miraba, entre admirada y esperanzada.

—Claro. Sólo hace falta un lugar para guarecernos. El viento está soplando cada vez más fuerte y las cenizas abrasarán nuestros rostros... ¿Crees que podremos encontrar un refugio?

Carol se mordió los labios.

Y de pronto sus ojos se animaron.

—¡Sí...! ¡El santuario de los Manitoba! —exclamó.

—¿Un santuario indio? —inquirió Lonsdale, maravillado.

—Justamente. Papá y yo lo descubrimos el pasado invierno. Es una cueva de enormes proporciones. Impresiona, Jeff. En realidad, es un cementerio. Uno de los muros verticales está horadado centenares de veces, formando otras tantas tumbas.

—Está bien. Los muertos no van a hacernos daño. Sólo los vivos son capaces de disparar una metralleta. Y ellos tienen muchas. ¿Está muy lejos?

Carol sacó la cabeza por la ventanilla y señaló a lo alto.

—Se encuentra en la base de aquel farallón verdoso, Jeff. ¿Crees que podremos llegar hasta allá?

—Tendremos que intentarlo, ¿no? —dijo el detective. Y arrancó.

Hasta sus oídos llegaba ya el estrépito de las llamaradas, el crepitar de los troncos y el rugir del viento enfurecido de las alturas.

La pendiente era tan aguda que Lonsdale tuvo que detenerse para meter la palanca reductora y la tracción a las cuatro ruedas.

Así, lentamente, el «Dodge» fue ascendiendo como un enorme gusano metálico.

Londsdale se detuvo ante un paisaje de salvaje belleza.

A la derecha, las crestas de la montaña se alargaban altivas hasta el infinito.

En frente, el farallón se elevaba unos trescientos metros, verticalmente, por encima de sus cabezas.

—Dejaremos el coche y la *roulotte* allí, al amparo de esas crestas. Y ojalá el fuego no llegue hasta la gasolina... —dijo el detective.

Así lo hizo, avanzando centímetro a centímetro por entre el peñascal de origen glacial hasta que el vehículo quedó insertado entre dos rocas tan afiladas como navajas.

Carol había tomado la carabina y una linterna, mientras Londsdale abría la *roulotte* y sacaba al perro.

La muchacha les guió hasta la disimulada entrada de la caverna.

Los arbustos disimulaban aquella boca alargada, que desde lejos simulaba tan sólo una sombra en el farallón.

Avanzaron despacio a lo largo de un túnel de unos diez metros.

—No hagas ruido, por favor —murmuró Carol. Y estaba palidísima.

—Yo diría que estás aterrorizada, pequeña. ¿Por qué...? —preguntó Londsdale, intrigado.

Carol sonrió débilmente.

—Verás. Un día encontramos a un muchacho. Dijo que por sus venas corría sangre de indio manitoba. En verdad, sus facciones lo acreditaban. Papá estuvo charlando con él y le invitó a almorzar. Hablamos del santuario. Le dijimos que lo habíamos visitado unos meses atrás...

—¿Y bien...?

—El muchacho se aterroró. Nos dijo que aquel lugar era tabú, es decir, un lugar prohibido. «Nadie deberá entrar en el Gran Silencio. Y menos un blanco —aseguró, porque la maldición del *Que-Cabalga-Eternamente* (Manitou) caería sobre vosotros...».

—¿Y os creísteis esas patrañas? —Londsdale había perdido la sonrisa.

—Papá le invitó a sentarse nuevamente. Le habló con calma, le dijo que no pensábamos cometer ningún acto sacrílego en el santuario, sino simplemente guarecemos. El, Washap, movió la cabeza. Volvió a insistir. Nadie debería penetrar en la caverna. Luego, cuando se

marchaba, nos dio las gracias y cuchicheó algo al oído de mi padre.
—¿Qué le dijo?

—No pude resistir la curiosidad. En cuanto Washap desapareció, acosé a papá a preguntas. ¿Qué le había dicho el manitoba? ¡Imagínate! Le aconsejó que si alguna vez nos veíamos obligados a guarecernos en la caverna del Gran Silencio, debíamos tener buen cuidado en no hacer el menor ruido. Según él, los muertos se enfurecen si son despertados. «Si hacéis ruido, una muerte espantosa os aguardará». ¿Puedes comprenderlo?

Londsdale se encogió de hombros.

—Que me registren... —dijo. Y añadió—: Por si acaso, será mejor dejar a «Tigelino» a la entrada, sujeto a uno de esos arbustos. Espérame.

Carol le aguardó impaciente y medrosa.

Luego, procurando no hacer ruido, penetraron en el sagrado recinto pielroja.

Sin poderlo remediar, Londsdale se sintió embargado por la profunda calma que reinaba en el lugar.

Su linterna recorrió las tumbas excavadas en el muro y los sacos de ofrendas, convertidos ya en deslucidos jirones.

El techo debía tener no menos de treinta metros de altura.

Fue entonces cuando el detective descubrió aquella masa oscura en la bóveda.

—Yo diría que son... ¡vampiros! —susurró. Y Carol se estremeció de pavor—.

Centenares, miles de vampiros colgando de esa bóveda. El dedo luminoso de la linterna recorrió lentamente la bóveda y bajó por el altísimo muro.

Allí la mano de Londsdale inmovilizó la linterna.

—¡Mira! —musitó dando con el codo a la muchacha.

A unos veinte metros sobre el piso rocoso, dos gruesos troncos de pino sujetos al muro por maromas resacas, sostenían sobre la entrada ciclópeas masas rocosas.

—Miles de toneladas de piedra que pueden precipitarse en un instante sobre la angosta entrada, Carol —murmuró el detective.

Se estremeció.

Y agarrando a la muchacha por un brazo, la arrastró hasta el túnel. Salieron.

Los dos estaban pálidos, dominados por el espanto.

—Algo horrible acabas de averiguar, Jeff, lo veo en tus ojos. ¿Qué es? ¡Dímelo, quiero saberlo! —exclamó ella.

—Washap, el manitoba que os advirtió, tenía razón. Los muertos también pueden matar —dijo sombríamente el detective.

Entonces vio el brazo izquierdo de Carol cruzado por un desgarrón. El vestido estaba roto.

Sólo tuvieron que mirar atrás para ver el jirón de tela en un matorral espinoso, a la entrada de la caverna.

—Ven conmigo, te curaré. Inmediatamente prenderé fuego al bosque. Y ojalá que no muramos achicharrados. Sin embargo... prefiero afrontar a la muerte aquí, que esperar ahí dentro. Washap dijo la verdad: cualquiera que profane una sola de esas tumbas está condenado a una muerte espantosa.

Carol quiso seguir preguntando.

Pero el detective desató al danés, la tomó por la mano y se la llevó hasta las crestas.

Una nube espesa de humo lamía la falda de la montaña.

Por entre el humo, a turbiones, escapaban de cuando en cuando gigantescas llamaradas.

El aire olía a resina.

«Tigelino», el gran danés, comenzó a gruñir sordamente.

—Pobre animal —murmuró Carol siguiendo a Londsedale al interior de la *roulotte*. El también adivina que algo terrible se aproxima. ¡Si pudiéramos radiar un mensaje, Jeff!

Pero Londsedale había abierto el botiquín de urgencia y comenzó a curarla.

Carol jamás le había visto tan serio, tan poco locuaz.

Adivinando lo que estaba pasando por su mente, Jeff le alzó la barbilla, sonrió y la besó en los labios.

—Animo, pequeña —bromeó—. También saldremos de ésta. ¡Te lo juro!

Viendo que Carol le miraba patéticamente, alzó la mano y guiñó los ojos:

—Lo prometo el infalible Londsedale.

De Stocktom & Londsedale,
detectives de Nueva York.

Terminó rápidamente la cura y agarró el primer bidón de gasolina. Tenía que sacar todo el combustible fuera, lejos de la *roulotte*.

Antes de que llegasen las llamas.

CAPÍTULO XI

Phil Graves fue el primero en descubrir la blanca humareda.

—Extraño —exclamó, golpeando suavemente en la espalda a su compañero, Carry Dexter—. Juraría que no había fuego ahí cuando dimos la otra pasada, compañero.

Dexter lanzó una imprecación.

Phil estaba ya torciendo el timón para dar la vuelta.

—Tienes razón, Phil. Es muy extraño. Un incendio no alcanza esas dimensiones casualmente. Vamos a bajar. Pero antes haré una llamada al control de Dolbeau. Será mejor que los chicos de Pat Stafford estén preparados —dijo Carry.

El «Sikorasky» del servicio forestal dibujó un semicírculo y descendió al valle.

Dexter había conseguido ya conexión con Dolbeau-Control y lanzaba su alarma.

—... frente de trescientos metros aproximadamente, en el área oeste de las Chibogamau Mountains, alerta más próxima Gardens, a unas treinta millas al norte del lago Chibogamau. Vamos a descender a inspeccionar el fuego. Manténganse a la escucha, por favor. Volveré a transmitir dentro de unos minutos. Corto.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Graves, notando una expresión ansiosa en el piloto.

—No sé... Tal vez, me he equivocado. Pero juraría que he visto desaparecer un automóvil entre los árboles. ¡Mira hacia allá!

Por más que esforzó la vista, Dexter no vio más que las copas verde-oscuro de los árboles.

Ni siquiera el catalejo le ofreció la posibilidad de corroborar la observación de su compañero.

—Nada, Phil. Te equivocaste. Será mejor que desciendas junto al cortafuegos.

Phil murmuró algo entre dientes.

Pero siguió las indicaciones de Carry y descendió suavemente sobre el lugar en que comenzaba el fuego.

Las aspas de la hélice elevaron en el aire una tolvana de chispas.

Carry abrió la portezuela y bajó de un salto. Phil le vio correr inclinado hasta el borde del temible incendio.

De repente, una metralleta crepitó al otro lado del sendero.

Phil gritó de sorpresa al ver que su compañero se derrumbaba sobre las llamas y su cuerpo desaparecía en la vorágine del tremendo brasero.

Quiso sacar la pistola de reglamento de la funda.

Pero fue demasiado lento.

Un hombre acaba de aparecer a su derecha y le encañonaba con una metralleta.

—Baje, dese prisa-dijo *Chien* Durand.

Phil Graves fue a hablar, a perder tiempo para conectar la radio. Tal vez en Dolbeau pudiesen escucharle y atasen cabos.

Pero alguien le cogió brutalmente por el pecho y le arrastró en el suelo.

Entretanto, Gavin había llegado junto al helicóptero y subía a la carlinga, mientras Chien observaba los aparatos de medida con curiosidad.

—¿Qué hacemos con éste, jefe? —preguntó Jacques Vivier.

Durand escupió fuera de la carlinga.

—¿Necesito explicároslo, palabra por palabra, estúpidos? —Gruñó, malhumorado.

Phil Graves comprendió inmediatamente el sentido de sus palabras.

Entonces, perdido el control de sus nervios, chilló y chilló desesperadamente.

Vivier apretó el gatillo de la metralleta y el piloto se estremeció en el suelo durante unos segundos.

Con una indiferencia que helaba el corazón, Vivier y André Malart le tomaron cada uno por una pierna y lo arrastraron hacia el fuego.

—¿Qué...? —preguntó Chien mirando a Gavin.

—Sí, es fácil. Podré llevarlo —asintió éste.

—¡Espléndido, muchacho! Esperaremos a que el fuego arrase esas cumbres. Es posible que Londsdales y la chica se hayan refugiado en las zocas de esos picachos. ¡Quiero cazar a ese yanqui burlón para hacerle unas caricias...!

Gavin había conectado la radio.

—¡Atención

ECH-21,

atención, Phil! Habla Caster, desde el puesto de control de Dolbeau. ¿Cómo va ese fuego? ¿Provocado, casual...?

—¿Qué hago? —susurró Gavin, aterrado.

—Contesta —dijo en el mismo tono Durand—. ¡Vamos, habla con claridad!

Gavin carraspeó antes de empezar a hablar.

—¡Atención Dolbeau! Habla Phil del ECH-21.

Mi compañero está fuera, observando el fuego. Corto.

—¿Qué te pasa, Phil? Tu voz no suena como antes... —resonó la pregunta en el altavoz del panel.

Gavin palideció.

—Dile que el humo te ha inflamado la garganta, estúpido —le ordenó Durand, impaciente—. ¡Tose!

Gavin comenzó a toser, efectivamente.

—¿Cómo queréis que tenga la... ejem, ejem, la voz con este maldito humo que llena el valle? Si os encontraseis aquí...

—Está bien, Phil, no te enfades. ¿Dirección del friego? ¿Amplitud del frente...? —volvió a preguntar la voz de Caster, desde Dolbeau.

—Dirección Este-Nordeste. El fuego avanza hacia las cumbres en un frente de... un kilómetro —dijo Gavin, haciendo aquellas apreciaciones al buen tuntún.

—Bien, será mejor que aguardéis ahí. Voy a enviar al equipo extintor «Emergency-D», compuesto por tres aparatos lanza-espuma, ¿de acuerdo?

—De... de acuerdo —respondió apresuradamente Gavin.

—Hasta luego. Y cuídate esa voz, gruñón. Corto.

Cuando hubo cesado la comunicación, Durand interrogó a Gavin.

—¿Qué ha querido decir con eso de tres aparatos lanza-espuma, Gavin?

—¿Cómo puedo saberlo? Supongo que serán extintores —respondió su esbirro.

—Hemos de damos prisa. No quiero que nos encuentren aquí cuando lleguen. ¿Hay gasolina suficiente en ese depósito? —Durand señalaba el panel.

—Marca casi lleno.

—Está bien —Durand sacó las piernas fuera de la carlinga y se echó fuera, gritando—. ¡Eh, Ballard! ¿Quiere venir conmigo?

—¿En ese condenado aparato? —preguntó a su vez éste—. ¡No, gracias! Si tengo que morir, prefiero hacerlo en el suelo. Siempre he sentido alergia a volar...

Durand enseñó los dientes en una sonrisa.

—A su gusto. ¡Jacques, Justin, André: venid conmigo! Tú te quedarás en tierra, Marcel —dijo Durand, señalando al hombre que charlaba con Wallace Green.

—Puede llevárselo a él también, Durand —dijo Ballard con desprecio.

—Ah, no amigo mío. Prefiero tenerle bajo mi control. Marcel es un muchacho fiel. ¡*Au revoir*! —gritó el *gángster*.

En cuanto hubieron entrado sus dos esbirros, Durand ordenó a Gavin que alzase el vuelo.

El helicóptero zumbó con fuerza y se elevó lentamente. Luego voló en oblicuo hacia las alturas.

Ballard volvió a entrar en el «Cadillac», perfectamente oculto en la floresta y tomó una metralleta de debajo del asiento.

Tiró hacia atrás del cerrojo y la mantuvo oculta tras la portezuela.

—¡Eh, Marcel! —llamó.

Marcel hizo un gesto a Green y giró sobre sus talones.

Era alto, pesado y macizo. Sus hombros, inconmensurables, emanaban potencia.

Tenía el rostro ancho y la frente deprimida, lo que daba perfectamente la medida de su escasa capacidad craneana.

—¿Qué quiere?

—No es nada importante, Marcel. Quería charlar con usted, ofrecerle un cigarrillo. Tal vez quiera tomar un trago de *whisky*. Tengo una botella casi llena —dijo Ballard, sonriendo blandamente. Al oírle, Marcel empezó a recular.

—No va a conquistarme con eso, Ballard. Chien dijo la verdad: soy un hombre fiel —dijo roncamente.

Ballard lanzó una carcajada.

Y elevó lentamente el cañón de la metralleta.

—¿Tan fiel... —se burló—, como para morir por Durand?

Marcel asintió con lenta cabezada.

—Así es.

—Entonces... ¡tú te lo has buscado! —bramó Ballard.

Y apretó el gatillo de la metralleta.

Tal vez fueron más de diez las balas que perforaron el ancho pecho de Marcel.

A pesar de ello, a pesar de su tos agónica y del vómito de sangre, Marcel introdujo la mano en la funda sobaquera y logró sacar el revólver.

Ya lo elevaba cuando Ballard gruñó una maldición y oprimió de nuevo el gatillo de su metralleta.

Siguió apretando todavía cuando Marcel cayó pesadamente para no levantarse.

—¡Cochino! —boqueó Ballard—. Estuvo a punto de... de...

Wallace Green apareció corriendo entre los árboles.

Su tez estaba pálida. Pero se tomó cenicienta al ver el cadáver de Marcel bañado en sangre.

—¡Señor Ballard! —exclamó, tembloroso—. ¿Se da cuenta lo que ha hecho...? Chien no se va a sentir muy contento cuando regrese y vea...

Ballard no siguió escuchándole.

Arrojó la metralleta sobre el asiento y cogió la botella de *whisky*.

Bebió largamente, atragantándose. Porque sabía que había estado muy cerca de la muerte. Hubiera bastado un segundo de indecisión y Marcel le hubiera alojado una bala de su revólver en la cabeza, antes de morir.

—Calla, Wallace. Ponte detrás del volante. No vamos a esperar a Durand. Quiero que rodeemos esta zona y vayamos subiendo sin prisas hacia esas cumbres. Ascenderemos por el otro lado. ¡Vamos! ¿Qué esperas?

Sumiso como siempre, Wallace obedeció...

CAPÍTULO XII

El danés comenzó a gruñir al escuchar el zumbido del helicóptero.

—Calla, vamos, calla, «Tigelino» —le ordenó Carol, acariciando al animal para tranquilizarle.

Londsdale estaba mirando afuera a través de las cortinas de una de las ventanillas.

—Un helicóptero —susurró—. Acércate, Carol. ¿Crees que será de la policía montada?

Carol descorrió un poco más la cortina.

Siguió los movimientos del helicóptero que sobrevolaba la zona desolada, convertida en cenizas, de la cumbre.

—¡No, no es de la policía! ¡Son los vigilantes forestales! —gritó. Y se dirigió a la portezuela—. ¡Estamos salvados, Jeff! Salgamos, llamaremos su atención y se detendrán para recogerlos.

Londsdale la apresó de un brazo y tiró de ella con tanta violencia, que Carol se fue al suelo.

Desde allí, ella miró al detective. Estaba sobrecogida de espanto.

Pero Londsdale había vuelto a la ventanilla y observaba al helicóptero.

En aquel momento, el aparato se balanceó, inmóvil en el aire, y comenzó a descender sobre la plataforma rocosa inmediata al farallón.

—Quédate ahí, pequeña —Londsdale había descolgado una carabina «Winchester»—. No hables, no suspires...

—¿Qué ocurre, Jeff? ¿No comprendes que ese helicóptero significa nuestra seguridad? Los guardabosques forestales...

Jeff le puso una mano sobre los labios.

—El tipo que lleva ese helicóptero lo hace detestablemente. ¿Crees que un profesional demostraría tal falta de práctica en el pilotaje de un helicóptero?

Carol se alzó despacio del suelo con los ojos muy abiertos.

Jeff descorrió un poco la cortina.

El aparato se había posado sobre el suelo y varios hombres estaban descendiendo.

—Es *Chien* Durand y sus forajidos —dijo Lonsdale con voz fría, carente de emoción—. ¿Comprendes ahora por qué impedí que salieses afuera?

Carol no dijo nada.

Se estaba mordiendo los labios para no gritar y apretaba frenéticamente un brazo del detective.

—Sujeta al perro, impídele que gruña. Creo que vienen hacia aquí —avisó Lonsdale.

Adelantó el cañón de la carabina unos centímetros y elevó la ventanilla oscilante.

Había llegado el momento más desagradable.

Tendría que disparar muy aprisa si quería que Carol pudiese un día entrar en posesión de la herencia que su padre le había dejado: aquel peligroso yacimiento de uranio.

Bajó la palanca suavemente y la tornó a su posición inicial. El sonido del cartucho metálico deslizándose en la recámara le confortó.

Contó a los hombres que acompañaban a *Chien* Durand.

Eran cuatro.

—Creo que debe estar por ahí, oculto entre esas rocas —dijo Gavin, casi gritando para elevar su voz por encima del zumbido del helicóptero, cuyas hélices continuaban girando a ritmo moderado.

—Avancemos —respondió Chien—. Será mejor que nos abramos en abanico. Abrid bien los ojos. Lonsdale no va andarse por las ramas. Jeff vio las metralletas en sus manos.

Y sus facciones crispadas, decididas, ansiosas.

—Ansiosos por matar —murmuró, para sí, Lonsdale.

Los cinco hombres se habían abierto en abanico y avanzaban hacia las puntiagudas rocas tras las que Jeff había escondido el automóvil y la caravana.

Lonsdale contuvo el aliento: había llegado el momento. Debería comenzar a disparar ahora mismo si esperaba sobrevivir.

Ya se disponía a apretar el gatillo, tomando como blanco a *Chien* Durand, cuando resonó aquel grito.

Era Jacques Vivier el que chillaba, señalando el farallón.

Durand retrocedió y se reunió con él.

—¿Qué diablos te ocurre? —vociferó.

—No hay que molestarse en registrar el coche y la *roulotte*.

¡Mirad...! Un pedazo de tela enganchada en el matorral. Parece pertenecer a un vestido de mujer. ¿No será el de esa chica, Carol Vance?

Chien corrió hacia el lugar que señalaba Vivier y arrancó el jirón de tela de un zarpazo.

El tejido era fino y estaba manchado de sangre. Sangre fresca.

Durand alzó los ojos y vio la estrecha grieta en el tajo rocoso.

—Una caverna —murmuró.

—¡Están ahí dentro! —chilló Vivier, excitado—. Se han refugiado en la cueva para escapar al fuego.

—No escandalices. Vamos. Registraremos esa cueva. Si están ahí, peor para ellos: no van a poder escapar.

Fue Durand el primero en avanzar por el túnel.

Detrás de él, con una linterna en la mano, seguía Gavin.

Sus pisadas resonaron, increíblemente agrandadas, en la enorme bóveda.

La linterna iluminó la cueva en toda su extensión.

Por un momento, los cinco forajidos quedaron sin habla.

—Parece un cementerio —gruñó Vivier, avanzando.

—¡Cuidado, idiota! —le apostrofó Chien—. Quítate del medio. Si Londsedale está oculto en uno de esos nichos...

Un chillido espantoso resonó en lo alto de la gran bóveda.

Vivier respingó, espantado.

Inconscientemente, como obedeciendo a un reflejo, alzó la metralleta a las alturas y disparó una ráfaga de metralleta.

Inmediatamente el chillido agudísimo que acababan de escuchar se multiplicó por quinientos, por mil...

Unas masas oscuras cayeron al suelo, ensangrentadas.

Durand chilló de espanto al ver sobre su hombro el bulto repugnante del bichejo, que se agitaba agónicamente.

—¡Vampiros! —gritó—. ¡Miles de ellos, millones...!

Los chillidos de las bestezuelas que revoloteaban aturdidas en lo alto fueron repetidos por el eco de aquella inmensa caja de resonancia.

Era una vibración espeluznante, que parecía conmover las entrañas de la roca.

André y Justin habían retrocedido unos pasos, llenos de terror.

En aquel momento comenzó a producirse aquel rumor profundo.

Gavin dirigió la luz de su linterna hacia lo alto.

Lo que vio le dejó inmóvil, dominado por la angustia.

—¡Mirad! —gritó al fin—. ¡Es una trampa!

Las maromas, viejas y resacas por el paso de los siglos, estaban tensas. Algunas piedras de mediano tamaño rodaron desde lo alto de una cornisa y comenzaron a caer sobre los pedruscos ciclópeos retenidos por los gruesos troncos.

Sonó un chasquido escalofriante. Una de las maromas se rompió, un tronco empezó a caer de lo alto.

Justin cayó de espaldas y arrastró en su caída a André.

El tronco cayó con estrépito y los aplastó.

Durand, Vivier y Gavin, inmóviles por el espanto, perdieron unos segundos preciosos.

Oleadas de vampiros se precipitaban a la salida de la caverna chillando diabólicamente.

—Londsdale —murmuró Chien—. Maldito tramposo...

Fue a precipitarse hacia la salida, pero los vampiros chocaron contra su rostro en su alucinante huida a través del túnel.

Cegado, dio unos pasos y tropezó con el muro, hiriéndose en la cabeza.

—¡¡Gavin!! —gritó, tambaleándose—. ¡Sálvame, por lo que más quieras! No puedo ver, estoy cegado...

Pero Gavin no podía ni siquiera salvarse a sí mismo.

Allá sobre la entrada, el único tronco que sujetaba centenares de toneladas de roca, chascó con estrépito.

Justin balbuceó una maldición y corrió con todas sus fuerzas. Gavin le imitó.

Llegaban al túnel, ya casi se encontraban a un paso de la salida, cuando los pedruscos ciclópeos se desplomaron con horrísono estruendo.

Sus gritos agónicos ni siquiera fueron escuchados por Durand.

Chien yacía en el suelo. Una roca le había golpeado en la espalda.

Durand estaba vivo, sí.

Fue a moverse, a reptar... Un dolor intenso, insufrible, recorrió su espalda.

—Ha debido partirse mi espina dorsal —murmuró, aterrorizado.

El estruendo había cedido.

Chien sólo podía escuchar ahora los chillidos de los vampiros, que

revoloteaban a centenares, ansiosos por encontrar la salida de aquel inseguro lugar.

Sólo las tinieblas le rodeaban.

A fuerza de brazos, Durand logró arrastrarse unos metros.

Palpó unas piernas.

—¡Gavin! ¿Eres tú? ¿Estás bien? —gritó.

Su mano, aquella mano que palpaba un cuerpo humano, se empapó de sangre.

Retrocedió, lleno de pánico. Apenas podía respirar.

Luego de repente, sintió el aleteo muy próximo.

Uno de aquellos bichejos se había posado sobre su mano y chupaba, la sangre.

Durand lo repelió con un grito de angustia.

Pero había muchos, centenares de vampiros.

Pronto Durand se vio acosado por las asquerosas bestezuelas.

—¡Me desangrarán! —exclamó—. No dejarán una sola gota de sangre en mi cuerpo. En cuanto cierre los ojos...

Sí, estaba seguro de que en cuanto sufriera el más ligero desvanecimiento, los vampiros se cernirían en oleadas sobre él, le morderían con sus agudos dientecillos y chuparían su sangre hasta matarlo.

—¡Estoy solo, solo, espantosamente solo! —gritó. La inmensa bóveda repitió su eco.

«Todos los demás han muerto. Las rocas han taponado la salida. Ni aunque estuviera bien mi espalda, jamás podría separar un solo de esos pedruscos», pensó.

La desesperación hizo el resto.

Durand reptó por el suelo fatigosamente. Buscaba algo con ansia.

Y lo encontró.

Una de las metralletas.

La apretó entre sus manos brutalmente, como si fuese el tesoro más deseable.

Al incorporarse, una oleada insufrible de dolor le recorrió de pies a cabeza.

Le costó un gran esfuerzo mantenerse así.

En cuanto lo hubo conseguido, Durand apoyó el cañón de la metralleta bajo su mandíbula y apretó el gatillo.

CAPÍTULO XIII

Londsdale bajó de la *roulotte* con precaución.

—Quédate ahí, Carol. Volveré enseguida —ordenó.

Avanzó corriendo hacia el farallón. Las potentes aspas del helicóptero enviaron una ráfaga de aire caliente a su rostro.

Jeff se detuvo junto al túnel. Miró hacia dentro. Y vio los enormes pedruscos que cerraban la entrada.

Entonces retrocedió a la carrera y volvió a la *roulotte*.

—La profecía de Washap se ha cumplido, pequeña. La trampa se ha cerrado —dijo únicamente.

Carol tragó saliva.

—¿Qué haremos? El fuego ha devorado el bosque. Creo que podríamos descender. A menos que prefieras que utilicemos el helicóptero —murmuró.

Londsdale denegó con la cabeza.

—Hace tiempo que no piloto uno de esos cacharros. Pero además, prefiero con mucho no dejar mis huellas dactilares impresas en los mandos de ese aparato. Por otra parte, el camino está despejado. Aguarda aquí. Sacaré el coche y el remolque y cargaré uno de los bidones de gasolina.

Ella le estuvo observando, nerviosa, mientras el detective sacaba con evidente habilidad el vehículo articulado y lo dejaba en la explanada.

Carol subió al lado de Londsdale y el muchacho arrancó despacio, cuesta abajo.

Todavía ardían aquí y allá los troncos de los árboles. Todavía era necesario marchar con lentitud y escoger los caminos más aptos para el robusto vehículo «todo-terreno».

El aire olía a resina, a humo y a cenizas.

La belleza del bosque se había convertido en pavesas, en brasas y en ardor.

Con los nervios en tensión, cambiando a cada momento de velocidad y frenando frecuentemente, Jeff descendió la parte más peligrosa de la falda de la montaña.

A lo lejos se elevaban en el aire materias incandescentes. Las llamaradas fulgían todavía hacia el nordeste.

Carol rompió el largo silencio para hacer aquella pregunta a Londsedale.

—Aún no he podido comprender, Jeff... ¿cómo ocurrió la catástrofe en el santuario de los Manitoba?

El detective se tomó tiempo para responder. Hasta que las ruedas del «Dodge» dejaron de rodar sobre la ardiente escoria y el vehículo articulado rodó entre los árboles intactos, frondosos, no abrió los labios.

—Un sistema muy ingenioso. El cementerio fue construido en la caverna y asegurado de forma eficaz contra ulteriores profanaciones. Sobre el túnel de entrada, acumularon toneladas de rocas, sujetas apenas por los dos troncos y unas maromas de fibras vegetales que se irían debilitando con el tiempo. El indio que ideó el sistema era un hombre sagaz. Observó un hecho singular: millares de vampiros descansaban en lo alto de la segura bóveda. Cualquiera que penetrara en la caverna y provocase cierto estrépito, sería capaz de despertar a esos millares de bichejos. Los vampiros chillan agudamente.

¡Imagínate millares de chillidos! La forma de la bóveda simula perfectamente el arco de un auditorio. Multiplica miles de veces la resonancia... Las rocas de lo alto tiemblan, se mueven levemente, comienza a rodar y... ¡provocan el desplome de centenares de toneladas de roca precisamente sobre la entrada de la caverna!

Carol no dijo nada. Pensaba en la posibilidad de que aquellos cinco hombres estuviesen vivos dentro de la horrible trampa.

—Creo que debemos dirigirnos al yacimiento, Carol. Cinco de esos canallas, incluido *Chien* Durand han muerto. Estoy pensando...

—¿Qué...?

—El peligro ha disminuido. Prácticamente solo quedan Ballard y Green, más uno de los hombres de Durand. ¿Por qué no echar el anzuelo definitivamente?

Carol rió nerviosamente.

Después de los tensos momentos vividos, su desahogo nervioso llegaba fluidamente a través de la risa.

—De acuerdo. Dirección Sur-sureste —dijo, después de consultar la brújula.

Bajaron al valle y atravesaron una angosta y peligrosa garganta al margen de un torrente de aguas furiosas. Detrás de ellos, en el aire, tres helicópteros de la fuerza vigilancia forestal surcaban en el cielo soltando anchas estelas de espuma contra-incendios.

* * *

Wallace Green maldijo con voz contenida por enésima vez. Su cuello estaba bañado en sudor, su rostro, siempre sonrosado y cuidadosamente rasurado, aparecía ahora barbudo, negruzco. Las cenizas habíanse mezclado con el sudor y formaban sobre su rostro una pasta negruzca que le daba un aspecto extraño. Además Ballard protestaba y exigía a cada momento. —Más espacio, Wallace. ¡Va a matarme! ¿Es que no sabe conducir? Vamos, ahora debe acelerar. ¡No pierda el tiempo, estúpido! ¿Es que se propone que no alcancemos nunca a Lonsdale...?

Así una y otra vez, hasta crisparle los nervios.

Wallace se tomó el pulso, al tiempo que miraba las manecillas de su reloj.

¡Ciento veinte pulsaciones por minuto!

Claro que era lógico. Conducir aquel coche a lo largo de trochas, esquivando continuamente los troncos de los árboles, a punto constantemente de precipitarse a un abismo, huyendo de las zonas incendiadas...

Y además aguantando a Ballard.

El coche botaba y rebotaba sobre el accidentado terreno. Sólo algún hado benigno había evitado hasta entonces que sus ballestas saltasen en pedazos.

De pronto, salieron a terreno descubierto.

El viento soplabá con fuerza llevando consigo un ardor inaguantable. Y todas aquellas escorias livianas que quemaban la piel...

De repente, una manada de alces atravesó el camino.

Un macho de monumental cornamenta se precipitó ciegamente contra el automóvil.

Green cerró los ojos. Ballard gritaba algo acerca de la ineptitud de

tipos como Wallace.

El cristal parabrisas saltó hecho trizas. Fragmentos de vidrio chocaron contra las mejillas de Green.

Abrió los ojos fugazmente, mientras la sangre se deslizaba, tibia, por sus mejillas.

El alce se había quebrado las patas, sin duda, al embestir ciegamente al automóvil.

Green vio al animal sobre el capot, moviéndose epilépticamente, pugnando por escapar.

El enorme bulto del animal le tapaba la visión. Green ni siquiera había podido controlar la situación para levantar el pie del acelerador.

El automóvil corría y corría, dando saltos espectaculares sobre los correntones secos de los aluviones.

Luego la temperatura fue aumentando considerablemente.

Green, asustado, miraba la sangre que corría por sus mejillas a través del espejo retrovisor.

—¡Haga algo, Wallace! —Indistintamente le tuteaba o le trataba de usted, tan desprovisto estaba—. ¡Coja el volante, frene, tenga cuidadoooo...!

Como entre sueños, Wallace se dio cuenta de que corrían cuesta abajo a través del bosque incendiado.

A la izquierda, un pino convertido en una tea, comenzaba a desplomarse sobre ellos.

Pisó el freno a fondo.

El «Cadillac», con las ruedas bloqueadas, siguió derrapando pendiente abajo.

Una llamarada color naranja brilló ante sus ojos. El pino acababa de desplomarse ante ellos.

Una oleada candente penetró por el hueco del parabrisas roto.

—¡¡Marcha atrás, marcha atrás!! —chillaba Ballard, demudado.

Green sentía el volante incrustado en su estómago. Aún así, fue capaz de pisar el embrague y mover la palanca de cambios, quizá influenciado por los chillidos de Ballard que estaba apagando a manotazos las brasas que penetraban por las ventanillas.

Las ruedas traseras elevaron una nube de polvo. El vehículo retrocedió penosamente y finalmente se detuvo a unos diez metros.

Ballard expelió el aire contenido en sus pulmones con la misma

fuerza que hubiera podido hacerlo un rinoceronte.

Wallace, por su parte, quedó inclinado sobre el volante, respirando estertorosamente, mientras impetraba fervorosamente que un rayo descendiese sobre la poderosa testa de su jefe.

Pasaron los minutos lentamente.

Delante del «Cadillac», los abetos ardían a llamaradas consumiéndose despacio, restallando de vez en cuando, salpicando de chispas los alrededores.

Sonó un escape de improviso.

Ballard se incorporó de un salto y soltó la botella, con cuyo contenido había tenido a bien consolarse de tantas emociones.

—¡Wallace! —gritó—. ¿Has oído? Yo diría que se trata de un automóvil...

Afinaron el oído. El rumor iba creciendo, aumentando.

—Sí, es un automóvil. Tal vez... ¡el coche de Londsedale! —susurró Green, muy levemente, como si tuviese miedo de que sus palabras ahuyentaran al coche.

Algunos guijarros resbalaron sobre las ascuas. Inmediatamente, el «Dodge» de Londsedale apareció por la izquierda.

—¡Lo sabía! —murmuró Ballard. Y volvió a atizarse otro largo trago de *whisky*—. Sabía que volveríamos a encontrarnos. ¡Era una corazonada!

Green, por primera vez, le impuso silencio con un gesto.

El «Dodge» llegó al valle, escogió el camino más liso y desapareció entre los árboles.

—¡Aprisa! —rugió Ballard—. ¡Ahí va nuestro dinero, nuestro porvenir, Wallace! Arranca y... por todos los poderes de Satanás, no los pierdas de vista.

Movió el arranque, el motor sonó suavemente. Arrancó.

A riesgo de volcar, salvó la zona en llamas y más que rodar derrapó peligrosamente por la pendiente hasta alcanzar el terreno llano.

Derrumbado en el asiento posterior, Ballard acariciaba con una mano la metrallita mientras sostenía con la otra la botella.

—Se dirigen al Sur —susurró Wallace, sin reparar en que ya no era necesario guardar silencio—. Lejos de ese brasero.

—Me pregunto que estará haciendo Durand en estos momentos —se dijo a sí mismo, placenteramente, Ballard, después de dar un nuevo trago.

—No lo sé. Pero me temo... He visto unos helicópteros arrojando espuma sobre el bosque, señor. Quizá Durand está ahora en manos de la policía o... muerto.

—Nadie se alegraría más que yo, puedes jurarlo. Y ya que hablamos de eso, querido Wallace. No voy a olvidar fácilmente que fuiste tú quien me recomendó a ese perro de Durand.

Wallace palideció. Su fino bigote, demasiado trasnochado, aparecía parcialmente chamuscado y teñido en sangre reseca.

—Ejem... Yo... Bien, señor. Si hablé de Durand fue para servirle. Siempre lo he hecho bien, ¿no cree, señor Ballard?

Su jefe lanzó una risotada grosera.

—Lo dudo a veces, Wallace. ¿Sabes qué es lo que pienso? —Ballard comenzaba a estar borracho, sin duda—. Creo que te gustaría matarme, Wallace. Lo leo en tus ojos, que puedo ver reflejados en el retrovisor. Di la verdad, ¿no es cierto que me odias, que te gustaría humillarme, desposeerme de todo lo que tengo...?

Wallace se mordió los labios.

¿Cómo era posible seguir al coche de Londsedale, evitar destrozar el «Cadillac» y mantener la distancia adecuada con el maldito viejo punzándole una y otra vez...?

Hizo un esfuerzo para sonreír.

—No sabe lo que dice, señor Ballard. ¿Ha tenido jamás una queja de mí? —comentó.

Ballard se separó el gollete de la botella de sus labios.

—Eso me preocupa, muchacho. Jamás te has quejado. Sospechoso... para mí. Pero no te distraigas ahora. Me interesa tener a Londsedale y a la chica.

—Siguen rodando hacia el Sur. No los perderé.

—Buen muchacho —aplaudió Ballard, ebrio ya hasta las heces—. ¿Sabes, Wallace? A pesar de todo, creo que no lograría acostumbrarme a prescindir de ti. La verdad es que me sirves como un perro fiel. Lo otro... ¡quizá todo sean figuraciones mías!

—Gracias, señor Ballard —respondió Wallace, tragando acíbar.

—Si logramos lo que me propongo, Wallace, tú serás el primero en celebrarlo. Pienso hacerte un buen regalo, no creas. Pienso entregarte cien mil dólares.

Lo había dicho con la voz pastosa, engolada, revistiendo la frase de ridícula importancia.

«Maldito agarrado», pensó Wallace, furioso. «¿Hasta ahí llega toda su generosidad...?».

Tuvo que frenar de pronto. El «Dodge» perdía velocidad ostensiblemente.

—Será mejor que salgamos del camino —barbotó Ballard. Aunque bebido, había observado la situación—. Tuerce el volante a la derecha. Así. Parece que van a detenerse.

Era cierto.

Londsdale acababa de frenar a orillas del torrente. Era un lugar apacible, discreto. En los matorrales que bordeaban el río, el coche y su remolque podían quedar perfectamente camuflados.

—Todo va bien —susurró Ballard en el momento en que Green cortó el encendido—. Aguardaremos. Echaremos un vistazo. A la noche llegaremos por sorpresa. Tú vas a acompañarme, Wallace. Green asintió.

El también tenía sus planes. Esperaría a que Ballard terminase con Londsdale y la chica. Que su jefe le ahorrara trabajo no podía dolerle. Luego...

Wallace hizo rechinar sus dientes... ¡Al fin iba a saciar el rencor que sentía contra el odiado Henry Ballard!

CAPÍTULO XIV

Entre los árboles brillaba la luz de la *roulotte*.

—Vamos, Wallace. Ten cuidado. Haces tanto ruido como un jabalí en una charca —gruñó Ballard.

Avanzaban en la oscuridad, evitando pisar una rama seca. Despacio, derrochando toda clase de precauciones.

Se detuvieron. La *roulotte* brillaba como un ascua de oro apenas a treinta metros.

—Es un estúpido —comentó Ballard, al oído del estertoroso Green—. Esas luces denuncian tontamente su posición. Yo las hubiera apagado al anochecer.

«El lo hace todo bien», pensó, colérico, Wallace Green.

—Tal vez —sonrió—... Tal vez están haciéndose el amor.

—No seas tonto —gruñó Ballard—. Para hacer el amor no es necesario prender fuegos artificiales.

—¿Qué vamos a hacer? —Green se estremecía de frío.

—Esperaremos. Quiero sorprenderlos dormidos.

Wallace palpó la pistola en su cinturón. ¿Por qué no la sacaba ahora mismo y disparaba contra la espalda de Ballard?

Aquel pensamiento puso un ritmo alocado en su corazón.

No, todavía no había llegado el momento. Primero dejaría actuar a Ballard. Después...

Aguantó las locas ganas de reír que le asaltaron de improviso. ¡Si Ballard supiera la jugarreta que le había preparado...!

La noche llenaba de frío rocío las ramas de los matorrales. Wallace volvió a estremecerse. Sintió ganas de toser, pero hubo de aguantarse aplastándose el pañuelo contra los labios.

—¡Ya está...! —exclamó en aquel instante Ballard—. ¡La hiz acaba de apagarse!

—¿Vamos?

—No. —Ballard le detenía con rudeza—. Hemos de darles tiempo a dormirse. ¿Tienes la linterna? ¡Dámela!

Wallace obedeció. Eran tantos años de obediencia sumisa...

Pasaron diez minutos, veinte.

—Vamos allá. Deben estar rendidos. Por tanto el sueño les habrá vencido enseguida —susurró Ballard.

Wallace se pinchó con las ramas de un arbusto. Pero Ballard avanzaba sin cesar, llevando siempre ante sí el cañón de su metralleta.

«Se cree un dios con ese “lanza-rayos” en la mano», pensó, mirando a su jefe.

Ballard se detuvo.

Roulotte y automóvil estaban perfectamente camuflados junto al torrente.

—Aguarda aquí. Si ves el más leve movimiento en la floresta, ¡dispara a matar! —ordenó Ballard.

A matar.

Pero contra Ballard.

Se mordió los labios. Ballard, con el chorro luminoso de la linterna por delante, se aproximaba a la *roulotte*.

Le vio empinarse sobre el tope-peldaño, asir la manecilla. La portezuela se abrió sin un chirrido.

Los sinsontes estaban cantando entre las ramas de los árboles.

«¡Callaos!», hubiera deseado ordenar a las aves Ballard.

Empujó un poco más la portezuela. Llegó hasta él el rumor de una respiración. O ¿era la suya propia, más agitada de lo que hubiera deseado?

Avanzó muy despacio. Elevaba un pie y lo bajaba lentamente hasta establecer contacto con el piso del remolque-vivienda.

Encendió la linterna un instante. Apenas fue un destello.

Pero a su resplandor Ballard pudo distinguir los bultos sobre las dos literas.

¡Dormían...!

Su júbilo le impidió actuar en los primeros instantes.

Hubiera deseado disparar contra Londsedale, cuyos pantalones tejanos aparecían perfectamente plegados sobre la parte inferior de su litera.

¡Sí! ¿Por qué no?

—No necesito más que a la muchacha. Ella me indicará la situación exacta del yacimiento —murmuró.

El pulso de Ballard subió de nivel. La idea del asesinato se apoderó de él.

Alzó la metralleta. Apuntó cuidadosamente a la cabeza de castaños cabellos que sobresalía sobre la almohada.

Y disparó.

El percutor hizo «clic», ciertamente. Pero ningún disparo restalló dentro de la *roulotte*.

A Ballard comenzaron a producirle pitos los bronquios.

En aquel instante, la portezuela del remolque se movió.

Ballard se volvió de un respingo y encendió la linterna.

Dio un suspiro de alivio al distinguir a Green. Aunque sus ojos brillasen demasiado.

—Es terrible, Wallace —murmuró, aproximándose a su ayudante—.

¡Mi metralleta ha debido encasquillarse!

Green rió levemente. Con nervios.

—No se ha encasquillado —anunció—. Yo extraje, una por una, todas las balas...

—¡Estúpido! —gritó Ballard. Inmediatamente bajó de tono—. Condenado idiota... ¿con qué fin?

—Para tenerle seguro, señor Ballard. Porque voy a matarle.

Ballard respiró de espanto.

En aquel momento, Green elevó la pistola y apretó el gatillo.

Pero la detonación no se produjo. Pálido como un cadáver, Green sacó el cargador y comprobó que no tenía una sola bala.

—Acerté, querido Wallace —barbotó, furioso, Ballard—. Siempre pensé que deseabas matarme. Como siempre pensé que sólo eras un condenado mamarracho vestido con pantalones. Salgamos fuera.

Green saltó hacia atrás, incluso logró esquivar la brutal embestida de Ballard.

Entre los árboles, los dos hombres se enzarzaron en una pelea bestial.

Ballard alzó la inútil metralleta y alcanzó a su ayudante en el costado.

Fue claro el gemido de Green. Tan claro como su afán por esquivar el segundo culatazo que le dirigía su jefe.

Por fortuna para él, Wallace era más joven y ágil que Ballard. Rodó sobre el húmedo manto de hojarasca, dio una y otra vuelta sobre sí, mientras su enemigo le perseguía con saña.

Luego Ballard tropezó en unas raíces y se fue de bruces al suelo, perdiendo la metralleta.

Wallace, siempre tan suave, tan amanerado, saltó sobre él con terrible rapidez.

Su pistola subió y bajó hasta media docena de veces. Ciertamente que no todos sus golpes alcanzaron de lleno a Ballard, pero Wallace sintió pronto la tibia sangre manchando sus dedos.

Inconscientemente, Ballard, desesperado, alzó una pierna y alcanzó en los genitales a Green.

El efecto del golpe fue fulminante.

Un gruñido brotó de la garganta de Green mientras se revolcaba por el suelo, atacado por las náuseas más intensas.

De entre las frondas surgió la elevada silueta de Jeff Lonsdale.

Sonreía.

Tenía la carabina preparada entre los dedos.

Sin embargo, todavía permitió que Ballard y Wallace se golpeasen sañudamente durante un rato.

Finalmente, Carol se aproximó. «Tigelino» gruñía sordamente, sostenido por una correa.

—Valió la pena, querida —dijo Lonsdale, señalando a los dos hombres que luchaban ferozmente en la oscuridad.

Carol sonrió.

Se había disgustado porque Jeff se empeñó en dormir en la tienda de lona.

He aquí que ahora tenía que agradecer al detective aquel extraño capricho.

—Por Dios, Jeff. Sepáralos. Se van a matar —susurró.

—Tú querías vengarte, pequeña. Déjalos.

Pero ella le agarró por un brazo.

—Es inhumano, Jeff. Por favor, debes intervenir —rogó.

Entonces Lonsdale encendió su linterna. Las pilas estaban intactas y el chorro abarcó perfectamente una zona de cinco metros.

—Sonó el gong, mis queridos canallas —dijo en voz alta, claramente burlona, el detective.

Ballard y Green se alzaron del suelo, consternados.

—¿Quién... quién...?

—Soy yo: Lonsdale. Tengo una excelente carabina «Winchester» lista para disparar. Será mejor que no me obliguen a usarla.

Avanzó.

Ballard se inclinó de repente y saltó a las piernas de Lonsdale, que

le recibió con una poco delicada patada en el rostro.

Inmediatamente, Carol soltó al danés y el perro saltó sobre Ballard y le obligó a permanecer inmóvil como «Tigelino» sabía. O lo que es igual, a dentellada limpia.

—No estaba en la *roulotte* —comentó Green con voz desmayada.

—¿Con unos caimanes como ustedes a la espalda? —rió Londsedale. Y comenzó a atar a Ballard.

Poco después el detective arrastraba a los dos individuos, atados como morcillas, bajo la *roulotte*.

Luego sujetó la correa del perro a una de las ruedas.

—Será preferible que no se muevan de ahí. «Tigelino» lleva dos días sin morder carne de presidio —dijo. Y penetró en el remolque llevando a Carol ceñida por la cintura.

* * *

—Preciosos —dijo Londsedale, refiriéndose a los ojos de la muchacha.

Carol no se sonrojó.

Estaba muy atareada en atender a la cafetera, a las lonchas de jamón de la sartén, a las tostadas...

El aroma del café se expandía por el bosque.

En aquel momento, el danés comenzó a gruñir.

Londsedale saltó fuera de la *roulotte* y vio que por el camino cercano al torrente se aproximaba un *jeep*.

Retrocedió y pidió la carabina a Carol, que se la lanzó diestramente a las manos.

Londsedale miró la pequeña chimenea de la *roulotte*: un delgado chorro de humo blanquecino ascendía por encima de las copas de los árboles.

El *jeep* se detuvo. Carol salió a la puerta de su remolque.

—¡Inspector Chanteur! —gritó, gozosa, al reconocer al policía.

—Buenos días, amigos. Ese café huele maravillosamente. ¿Hay una taza para un pobre peregrino?

Bromeaba.

Jeff le palmeó la espalda, verdaderamente jubiloso. Y Carol estrechó la mano de Chanteur con calor.

Minutos después, los tres estaban desayunándose al aire libre. El sol comenzaba a vencer la obstinada resistencia de las nubes.

—Ya no tendrá que volver a preocuparse por *Chien* Durand —comentó el detective de Nueva York.

Londsdale le contó detalladamente todo lo ocurrido desde que abandonaran North Bay, incluido el dramático incidente del cementerio manitoba.

—Así pues lograron también capturar a Ballard y Wallace Green —comentó el policía con una luz de admiración en sus ojos oscuros.

Se atusaba el bigote lentamente, mientras extraía su cachimba y una bolsa de tabaco, que Londsdale rehusó con un gesto.

—Magnífico. Así que todo ha terminado felizmente —bromeó Chanteur después de encender su cachimba—. ¿Dónde se encuentra ese fabuloso yacimiento de uranio que ha costado tantas vidas...?

Carol, Londsdale y Chanteur salieron del remolque.

—Ahí está —dijo la muchacha señalando al otro lado del torrente—. Jeff y yo pasamos la tarde de ayer estacando los límites de la concesión.

—Eso quiere decir que el yacimiento está perfectamente señalado, ¿no es eso? —comentó el policía.

—Por suerte —suspiró Carol—. Para mí terminó la pesadilla.

Súbitamente, Chanteur metió su enguantada mano en su chaquetón de piel y sacó un revólver de reglamento.

—Se equivoca, pequeña —dijo. Y sus ojos reflejaban una codicia sin límites—. Vamos, Londsdale... ¡apártese del remolque!

Carol exhaló un grito de sorpresa. Londsdale alzó las manos y obedeció.

Velozmente Chanteur alargó un brazo dentro de la *roulotte* y agarró la carabina del detective.

—¡Por Dios santo, Jeff! —gimió Carol—. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Ya lo ves. No es oro todo lo que reluce, pequeña. También el inspector Chanteur se ha sentido atraído por ese yacimiento. ¿Qué se propone exactamente, Chanteur?

—¿Para qué perder el tiempo en explicaciones? Lo dejo todo a su imaginación —exclamó. Y añadió—. Por cierto, es de suponer que esta carabina tenga sus huellas dactilares, ¿verdad, Londsdale?

«Tigelino» gruñía, excitado. Pugnaba por romper la correa que le

sujetaba a la rueda de la *roulotte*.

Despacio, Chanteur cambió su revólver por la carabina de Londsedale y miró bajo el remolque.

Rodilla en tierra, disparó rápidamente dos veces.

Carol gimió, impresionada. Chanteur acababa de asesinar fríamente a Henry Ballard y Wallace Green.

—Poderosas razones deben moverle, Chanteur —dijo el detective—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Digamos que he pensado. El bosque está plagado de jinetes de la policía montada. Pienso llevarme la carabina. Con sus huellas, Londsedale. Radiaré un mensaje diciendo a los montados que usted y la chica se han escapado de mis manos. Los acusaré de este asesinato. Y también de los de Chien y sus chicos.

—El yacimiento, ¿eh? —comentó, furioso, Londsedale. Pero Chanteur le obligó a dar la vuelta y a apoyar sus manos en la *roulotte*.

El policía cacheó cuidadosamente al detective. También, aunque sumariamente a la muchacha.

Retrocedió y se aproximó al *jeep* riendo a carcajadas.

—¡Huyan! —gritó—. Más de cincuenta policías les perseguirán y les acribillarán como alimañas.

Londsedale apretó los labios. Pero no perdió el tiempo. No podía fallar.

Velozmente se dejó caer al suelo y recorrió con las yemas de los dedos el muslo izquierdo de Carol.

Tiró de la pistola, elevó el arma y disparó.

Chanteur cayó al suelo y la carabina se le fue de las manos. Antes de que hubiera podido recuperarla —fue muy lento, pues su tobillo estaba perforado por un plomo—, el detective la había apartado de una patada.

—Muévase, si quiere morir, bastardo —dijo Londsedale, decidido.

—Muy rápido, muy veloz y muy eficiente —gritó alguien detrás de él—. Pero no hubiera sido necesario. Hemos estado escuchando detrás de ese remolque, amigo. ¿De veras es policía ese asesino?

Londsedale se volvió de un respingo.

Junto a Carol había seis mocetones de la Policía Montada. Dos de ellos talonearon a sus caballos y después de desmontar, alzaron del suelo a Chanteur.

—Bien, mi pequeña millonaria. No vas a amasar tantos millones, pero tendrás tu vida asegurada para siempre. Es mejor así: dirigir una explotación minera es demasiado pesado para una mujer.

Era Londsedale. No sonreía.

—¿Te vas? ¿A Nueva York? Espero vuestra nota de gastos.

—Ah, sí —rió él—. Ascenderá a mucho. Soy el infalible Londsedale, de Sotcktom y Londsedale, detective de Nueva York, recuérdalo. La tendrás.

—¿No vas a volver? —Carol contenía el aliento—. Te necesito.

Armand Chenier, el agente aduanero, elevó una mano para saludarles.

Entonces Jeff tomó a Carol por los hombros y la besó.

—Si me necesitas, no hay más que hablar. Ya sabes, nuestra agencia no falla. Diré a George que no sería mala idea instalar una sucursal en Canadá. El negocio...

Pero ella no le dejó continuar.

—Deja de hablar profesionalmente. Te quiero a ti, infalible Londsedale. Y no para un rato, ¿comprendes?

Jeff dijo que sí... con los ojos. ¿De qué otra forma podría hacerlo si ella le besaba sin cesar...?

FIN



Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcaláino oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*,

era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con LA PISTA DE LOS

100 000,

también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] En francés: La propina, amigo. (N. del A.). < <

[2] Franja de terreno despejado en medio del bosque que, labrado periódicamente, sirve para detener los incendios forestales (N. del A.). < <